La mujer de cuarenta años

La mujer de cuarenta años

La mujer de cuarenta años

por

Charles de Bernard

(*La femme de quarante ans*, relato de 1836,
incluido en la recopilación *Le Nœud gordien*,
publicada por primera vez en 1838.)

Versión española

de Ramón Pajares Box

I

A finales del mes de marzo de 1836 se representaba *Ana Bolena* en el Théâtre-Italien. El cercano final de la temporada había convocado hasta las últimas oleadas de ese público selecto que se cree el más culto de Europa, aunque, en realidad, nueve de cada diez de sus integrantes se verían en un aprieto si tuvieran que declamar un poema o cantar una melodía sin desafinar. La concurrencia era muy numerosa y la sala ofrecía un aspecto tan interesante para la gente de mundo como el escenario para la gente del teatro.

Las mujeres, aves privilegiadas de esta pajarera, tanto viejas como jóvenes, tanto feas como hermosas, aunque sobre todo jóvenes, y también sobre todo feas, desplegaban, posadas cada una en su palo habitual, las mil variedades del plumaje de moda, amenazado por la inminente muda que provoca el comienzo de las carreras de caballos en Longchamp. La elegancia impecable de las nobles hijas del *faubourg* Saint-Germain, el lujo un tanto endomingado de las damas de la nueva corte, las galas fabulosas de ciertas inglesas que parecen haberse bañado en el arco iris, la rigidez engominada y deslucida de las notables de provincia que todas las primaveras se precipitan sobre París, se reconocían por señas inequívocas y fraccionaban esta selecta reunión en otras tantas castas exclusivas.

Los hombres se encontraban divididos en tribus no menos diferenciadas, aunque quizá menos hostiles, ya que la vida pública impulsa a la tolerancia. A través de las plumas, los penachos, las diademas, los turbantes, los marabúes, las cofias con flores y otros tocados exorbitantes que ondeaban a lo largo de la triple fila de palcos, aparecían aquellos mortales admitidos por alguna razón a los favores de la intimidad femenina: maridos, padres, primos, acompañantes habituales, amigos de la familia, en una palabra todos los susceptibles de servir de carabina.

En los asientos de los balcones se arrellanaban los leones de la fauna elegante, jóvenes gloriosos a quienes, como a los marqueses de Molière, solo les falta un detalle: los marquesados; gente sublime con su flequillo moldeado, sus binóculos y sus botas con espuelas. La mitad del patio de butacas pertenecía a los aficionados veteranos, cuya carrera musical cuenta con tres campañas, la del Odeón, la de Louvois y la de Favart, y que al oír a mademoiselle Grisi no dejan de musitar las cadencias de madame Barilli. La otra mitad correspondía a los mandamases de la prensa, de los que por cierto motivo me abstendré de decir nada malo. Por último, sobre los bancos azules de la platea, aparte de ciertos burgueses despistados que juraban que no les cogerían en otra, se apretujaba el auténtico auditorio, el público joven, amante del arte, entusiasta, el único de todos los teatros de París que recuerda la inteligencia y el buen gusto de las antiguas plateas.

La ópera había empezado. Los aficionados que habían venido a oírla imponían despóticamente silencio a los que no estaban atentos. Influidos por la sacralidad del santuario, algunos dandis hacían el diletante marcando mal la medida, y, por su parte, cada vez que el ritmo de la melodía invadía el terreno del vals o de lo bailable, la mayoría de las jóvenes, que suelen tener el sentido musical en las piernas, meneaban la cabeza con una gracia que resultaría muy seductora si no recordara tanto la oscilación burlesca de los muñecos chinos. Pero la inmensa mayoría, para quien, aunque no lo reconozca, una sesión en los Italianos equivale a un día de guardia, disfrutaba con paciencia y escuchaba la música de Donizetti con mucho refuerzo de binóculos y de gemelos.

Entre los palcos cuyos ocupantes solo otorgaban a la representación una atención somera, se podía señalar un balcón de platea situado a la izquierda, cerca de la divisoria que separa la orquesta del patio. Allí estaban sentadas dos mujeres. La primera, del lado del escenario, presentaba un conjunto tan armonioso de fisonomía y de atuendo que, al fijarse en ella, el ojo menos benévolo no lograba averiguar adónde debía apuntar con sus dardos críticos. Su frente, noble e inteligente, resplandecía blanca como una copa de alabastro, enmarcada por una cofia cuyas florecillas azules casaban maravillosamente con sus cabellos, de un color rubio ceniciento, mientras que las cintas, dispuestas con sabiduría, disimulaban lo que el óvalo del rostro pudiera tener de alargado o de enflaquecido. La esbeltez de su talle y su compostura global, llena de dignidad, se veían realzadas por un vestido de seda gris labrada, cubierto por una mantilla de satén negro medio caída sobre los hombros. La sobriedad de este atuendo, tan simple en apariencia, atestiguaba el gusto depurado y el saber profundo que habían dictado su combinación. Sentada con una languidez doliente, esta mujer levantaba de vez en cuando unos ojos tiernamente soñadores; su palidez de rubia parecía mate y pura; sus movimientos, cuando se apoyaba en el respaldo de su asiento o cuando posaba los codos sobre el borde del palco, se realizaban con una tranquila lentitud, tan aristocrática que solo los inexorables gemelos de un observador profesional podían verla algo menos joven que hermosa, clasificando a esta flor de balcón entre las violetas del otoño.

La acompañante de esta seductora mujer ofrecía un extraño contraste. No contenta con haber recibido del cielo una de esas figuras cuya proximidad aprecian las mujeres de edad equívoca o de belleza en entredicho, parecía haber tomado a pecho completar con su propio arte la obra de la naturaleza. Imaginen un cascanueces de Núremberg tocado con un sombrero estilo Enrique IV de color amapola, y embutido en una funda de paraguas multicolor sobre el que una increíble profusión de figurillas chinas asaltan una colección de pagodas no menos extravagante. Al lado de esta extraña criatura, cualquier mujer mayor se hubiera visto rejuvenecida y cualquier feúcha, embellecida, y quizá ese fuera el secreto

de la intimidad que parecía unir a dos personas de naturaleza tan dispar.

El fondo del palco estaba ocupado por un joven de figura agradable y regular, vestido con una elegancia que rozaba lo rebuscado. A pesar de los esfuerzos por mantener en sus labios una sonrisa amable y despreocupada, su fisonomía dejaba traslucir una inquietud oculta. Cada vez que se inclinaba para hablar a sus acompañantes, sus ojos aprovechaban ese movimiento para explorar con desasosiego e impaciencia lo que sucedía en la sala. La dama rubia, tras la que estaba sentado, terminó por notarlo.

—¿A quién buscáis? —le preguntó con voz pausada, mirándole fijamente.

—He creído ver a monsieur de Flamareil —respondió mientras se retiraba al fondo del palco.

—¿Y desde cuándo os preocupa mi marido? —continuó ella con una sonrisa incrédula—. Diría más bien que queréis saber si vuestro tío alcanza a veros. No gozo de las simpatías de monsieur de Pomenars, y si os viera en mi palco, os regañaría. Pero no os preocupéis, ahora mademoiselle Grisi está cantando, y él no se volverá.

Durante esta frase, dicha con intención burlona, madame de Flamareil había llamado la atención de su interlocutor sobre una persona mayor de escasa estatura, sentada no muy lejos en el patio, cuya cabeza blanca y empolvada era lo único que se veía. A su derecha estaba sentado un joven de unos veinte años, repeinado, acicalado y estirado como buen principiante recién salido del colegio, y que, con la barbilla encajada en una mano enguantada de amarillo y los ojos bien abiertos en expresión beatífica, se arriesgaba a una tortícolis permanente tratando de averiguar lo que sucedía en el palco. Al encontrarse con la mirada de madame de Flamareil, que había pasado por él antes de concentrarse en su vecino, desvió la mirada, se ruborizó como una colegiala, y se puso a disimular mordisqueando la empuñadura de oro de un bonito bastón de Verdier.

—Mi tío no piensa en mí —contestó el galán—, no así monsieur de Boisgontier, que no cesa de preocuparse por vos. Lleva media hora mirándoos sin parar.

Madame de Flamareil experimentó esa sensación agradable que provocan siempre en una mujer los celos de los que se cree objeto. Pero por una generosidad desacostumbrada, no quiso saborear ese placer a costa de la tranquilidad de espíritu de su enamorado. Prosiguió, pues, con irónica lisonja:

—El saber estar no es virtud predominante de los escolares. Perdonad a este pipiolo: si llego a verme con su profesor, le pediré que le enseñe buenas maneras. Dejad de ocuparos de él.

Y echándose sobre el respaldo de su asiento de modo que su cara quedara cerca de la de su acompañante:

—Eduardo, ¿os acordáis? Hace cinco años esa misma butaca era la vuestra. Todos los sábados la ocupabais. Por mí. Y también me mirabais

del mismo modo, más de lo que hacéis ahora. Vuestra única ambición, vuestro sueño, me decíais, era lograr un asiento en este palco donde hoy estáis. Entonces, me amabais.

—Mistress Lawington nos oye —dijo susurrando el joven, que quería evitar el sesgo sentimental de la conversación.

Sin cambiar de postura, madame de Flamareil miró de reojo a la inglesa del sombrero amapola que le servía de carabina.

—Puede que nos oiga, pero dudo que nos entienda —dijo la dama—. ¡Cinco años ya! —repitió—. Sin duda es una eternidad, y hago mal en quejarme.

—Quejaros... ¿de mí? —preguntó compungido el enamorado.

—De mí más bien, que ya no sé agradaros —contestó con una sonrisa resignada.

Eduardo puso en su mirada el reproche más tierno y, tomando a hurtadillas una mano que le fue abandonada sin resistencia, dijo con todo sentimiento:

—¡Eudoxia!

Su elocuencia no dio más de sí, pero una mujer encuentra siempre que su nombre, pronunciado de cierto modo, es el discurso más hermoso.

Lablache, que representaba el papel de Enrique VIII, apareció en escena. Su figura imponente, la fidelidad de su traje, su prestancia colosal, su voz potente, todo ello daba al personaje representado una nota de autenticidad poco frecuente en la escena. Era claramente el déspota caprichoso, dispuesto a pasar, manchado de sangre, del lecho de Ana Bolena al de Juana Seymour. Era el puro retrato del Barba azul real salido de su cuadro en Westminster.

—La gente condena a Enrique VIII —dijo madame de Flamareil, saliendo de su silencio y de sus reflexiones—. Pero yo lo comprendo y lo absuelvo. Tenía un corazón generoso: cuando dejaba de amarlas, las mataba.

Eduardo liberó su mano de la presión convulsiva que la estrechaba y se apoyó en el fondo del palco encogiéndose ligeramente de hombros, como alguien que no se veía llamado a ensangrentar su inconstancia.

El silencio reinó durante un corto rato en el palco. Mistress Lawington se mantenía inmóvil sobre su asiento con una rigidez perfectamente británica. Medio echada sobre el suyo, su compañera miraba distraídamente hacia adelante mientras respiraba de un frasquito. El joven que acababa de mostrar tan escaso gusto por los pormenores de una controversia sentimental había recaído en sus involuntarias preocupaciones. De pronto, se frotó los dedos con un movimiento de impaciencia nerviosa e, inclinándose entre las dos mujeres, examinó con atención los palcos del lado opuesto del teatro. Madame de Flamareil se incorporó y también se inclinó, pero sin lograr descubrir lo que llamaba la atención de su amante. Con un movimiento de celos que no trató de

disimular, examinó bruscamente su fisonomía y le dijo con voz sorda:

—¿La que esperáis no ha llegado todavía? ¿Es bonita, al menos?

—¡Qué locura! —respondió el joven poniéndose en pie, necesitando moverse cual león enjaulado.

En ese momento, la puerta del palco del al lado se abrió y un horrible perfume oriental se expandió alrededor, traído por una obesa dama vestida de blanco con cachemira verde violeta, auténtico manojo de espárragos al almizcle.

—¡Qué olor más desagradable! —exclamó mistress Lawington con su inconfundible acento londinense, mientras se llevaba el pañuelo a la nariz.

—¿Quiere mi frasco? —le preguntó su vecina.

—¡No, no, gracias! —contestó la inglesa—. Pero me gustaría mucho tener una rosa.

Eduardo, por dentro, agradeció a la insular esta expansión, y tomando la ocasión por los pelos, dijo:

—Este olor de almizcle terminará produciendo jaquecas. Permitidme ir a buscaros un ramillete de rosas.

Sin esperar su permiso ni consultar con la mirada a madame de Flamareil, abrió la puerta y salió fuera, libre como un pájaro que se escapa de su cárcel.

II

—Monsieur de Mornac es realmente muy amable —dijo mistress Lawington, a quien la iniciativa del joven le inspiraba el reconocimiento que una mujer poco agraciada siempre siente por las atenciones que habitualmente no recibe.

—Muy amable —repitió su compañera de palco sonriendo tristemente—. Pero me temo que ese ramillete no llegará enseguida.

El instinto celoso de madame de Flamareil no se había equivocado al atribuir la brusca salida de su enamorado a un motivo bien distinto al de la galantería. En efecto, desde que puso el pie fuera del palco, Eduardo pareció olvidar por completo a las personas que dejaba atrás y el pretexto que justificó su marcha. Sin preocuparle ya la repugnancia de mistress Lawington en materia de aromas, en lugar de buscar a la florista, escaló velozmente dos pisos, recorrió el pasillo superior y llegado frente a la puerta de un palco leyó el número y miró a través del ojo de buey, mal tapado por una cortina verde.

Vio a varias mujeres, pero fijó su atención en la que estaba sentada en primera fila. Se trataba de una joven de no más de dieciocho años, guapa como una pastora de Watteau, y cuya complexión algo rolliza dejaba ver una salud campesina y un corazón plácido que aún no había sido marchitado por la vida parisina. Vestida de blanco con todo el primor que se espera de un atuendo de señorita, tenía los ojos constantemente fijos en el escenario sin que sus gestos dejaran traslucir reacción alguna hacia la música. A su lado estaba una señora de edad madura, su madre a juzgar por el parecido entre ambas, y cuya fisonomía presentaba una indefinible expresión de desdén, de desagrado y de altivez.

—Está muy bien —se dijo Eduardo—, a pesar de su torpeza de colegiala y sus colores de normanda rural. Pero, en cambio, madame de Passerot tiene un aire decididamente hosco. Ese aspecto de sargento austriaco no presagia nada bueno en una suegra. Está claramente furiosa contra mí, y no sin razón. Mi conducta le debe parecer una inconcebible descortesía o una ofensa premeditada. Pero, ¿qué capricho le ha dado a Eudoxia de venir a la ópera, cuando ayer mismo se encontraba enferma? Su insistencia en que la acompañara y su empeño en espiar todos mis gestos no son nada naturales. ¿Sospechará algo?

Aquí el soliloquio se interrumpió. El telón acababa de caer y una de las señoras del palco se volvió para abrir la puerta. Deseando no ser sorprendido en plena indiscreción, aumentando así el catálogo de sus culpas, el joven se batió en urgente retirada. Al llegar a las escaleras, una enorme mano se posó sobre su hombro y una gruesa voz de bajo le puso en alerta.

—¡Caramba! Sois un mozo encantador: llevo dos horas de guardia en

el vestíbulo esperando que aparezcáis. ¿Dónde diablos os habíais metido?

La persona que hablaba así era un individuo de unos treinta y seis años, alto, vigoroso y dotado de ese aire marcial que suele encantar a cierto tipo de damas. Su levita abotonada hasta la barbilla, sus botas con espuelas y su pantalón ancho como el de un mameluco daban a entender que le daba igual la vestimenta seria y elegante que es de rigor en el Théâtre-Italien. La cinta roja en un ojal y las patillas que se extendían de oreja a bigote, según las ordenanzas militares, junto con el tono cobrizo que había adquirido su rostro, a pesar de ser rubio, anunciaban que era un oficial del ejército, llegado al parecer de Argel, pues el bronceado de todas las maniobras en Europa no hubiera producido nunca un color de tez que recordara tanto al de un asado muy hecho.

—Querido Garnier —contestó Eduardo volviéndose—, estáis viendo al hombre más desesperado...

—Querido Mornac —interrumpió el oficial—, si os tomáis así las entrevistas matrimoniales, corréis el riesgo de quedaros soltero. ¡Cómo es posible, diablos, que mi tía y Loida estén en su puesto desde el principio de la función y vos no estéis en el vuestro! No he querido aparecer en el palco sin vos, para facilitaros una vía de excusa, e incluso, si es preciso, para hacerme yo el culpable. Mi tía es orgullosa y susceptible en grado sumo, os lo aviso. Ella se ha vuelto Passerot de pies a cabeza, y tened por cierto que no os perdonaría una falta de consideración. Pero ya está bien de sermón. Nuestros asientos nos esperan. Por tanto, ¡cabeza dirección izquierda, ar!

Eduardo contestó con apuro, manifestado en el balbuceo de su voz:

—Es que... he tenido la desgracia de dejarme encadenar... por una obligación de sociedad... a la que no he podido sustraerme... No estoy solo aquí.

—¿Estáis con algunas damas?

—Sí —contestó el joven sin firmeza.

—Bueno, pues id a decirles que se trata de vuestro matrimonio. Ellas lo comprenderán y os devolverán vuestra libertad.

—Es que eso es precisamente lo que no puedo decirles.

El oficial se detuvo, y miró a Mornac inquisitivamente.

—¡Ajá! Estamos liados, ¿eh? —dijo con un tonillo que olía a cuartel—. Os falta práctica, amigo mío. La regla es dar permiso con tres meses de antelación a la boda. Pero hasta ahora no me habíais hablado de vuestros amoríos.

Eduardo dominó como pudo la repugnancia que le inspiraba ese lenguaje soldadesco y esas alusiones brutales a un sentimiento que siempre había rodeado de delicadeza y de respeto.

—Os lo habría dicho antes o después —contestó—. Mademoiselle de Passerot no tiene padre ni hermano, y es a vos, su primo, a quien debo las explicaciones que los padres de una joven tienen derecho a exigir del que

aspira a su mano. Pero de eso hablaremos otro día. Ahora me encontráis en una posición apurada, y os pido ayuda. No me es posible acompañaros: busquemos por tanto algún pretexto verosímil a mi ausencia...

—Grrrr..., como queráis —dijo Garnier—. Pero no contéis conmigo para ser vuestro defensor ante mi tía. ¿Es una déspota acaso vuestra Dulcinea? Me parece, sin embargo, que en un día de entrevista conyugal bien se podían dar vacaciones a los sentimientos. Vamos, ¿entráis conmigo en el palco, sí o no?

Ambos se encontraban ahora en el pasillo de los primeros palcos. Antes que Mornac hubiera podido contestar, un vejete que llevaba muy alta su cabeza empolvada y andaba bien derecho, con las manos en los bolsillos del pantalón, con la barbilla enterrada hasta las orejas en una corbata blanca, similar a la de los *incroyables* del Directorio, y las vueltas de la chaqueta echadas hacia atrás con audacia juvenil, se plantó entre los dos tatareando con voz cascada uno de los temas musicales cantados por Lablache. Parecía una campanilla agrietada tratando de emular a la campana mayor de Notre Dame.

—¡Bueno, jóvenes! —dijo el representante de los tiempos pasados interrumpiendo su tatareo—. ¿Qué os traéis entre manos? No os he visto en el balcón ni al uno ni al otro. Las señoras sí están allí. ¿Por qué llegáis solo al segundo acto?

—Preguntádselo a vuestro sobrino —dijo el oficial con un tono algo huraño—. Mientras que mi tía y mi prima se mueren de hastío en su palco, monsieur de Mornac se dedica a cultivar los sentimientos con la dama de sus sueños. ¿A que esto no augura a Loida un esposo atento y fiel?

—Con permiso, comandante —dijo monsieur de Pomenars mientras se alejaba dos pasos arrastrando a Eduardo por el brazo.

—¿Madame de Flamareil está aquí? —le preguntó secamente.

—Sí, tío —contestó el joven, ocultando el disgusto que le producía la perspectiva de soportar un interrogatorio.

—¡Y estáis con ella! Ya me lo había avisado el joven Boisgontier, pero no quise creerle. ¡Sois un loco, Eduardo! Vais a estropear un casamiento estupendo. Y ¿por quién? Por una vieja.

Mornac sintió una crispación nerviosa, como si le hubieran paseado por el pecho un hierro al rojo vivo.

—Por una vieja —repitió el anciano, subrayando sin piedad cada sílaba—. ¿No os lleva más de quince años?

—Tío...

—¡Enfadaos si queréis, caramba! He querido a las mujeres más de lo que vos las querréis en toda vuestra vida, pero nunca de un modo infantil, como vos lo estáis haciendo ahora. Ya es hora de poner fin a estas necedades novelescas. Hay una entrevista previamente concertada entre vos y mademoiselle de Passerot. No cumplir la palabra dada sería una impertinencia inexcusable. Os toca ahora entrar en el palco con el

comandante. Veréis que vuestra futura esposa es muy bonita. Vamos, abandonad ese aire trágico que no os sienta bien: se trata de ser apuesto y de agradar.

—Tío —dijo Eduardo reafirmando su voz—, he venido con madame de Flamareil y no la puedo abandonar así. Comprenderéis que es algo imposible según los cánones de la sociedad.

—Ta, ta, ta —repuso monsieur de Pomenars—, vamos a arreglar eso. Comandante —continuó acercándose a Garnier—, voy a seguir abusando de vuestra indulgencia. Sed tan amable de ir a dar una vuelta por el vestíbulo. Antes de dos minutos os mandaré de nuevo a este atolondrado.

Pese a los indicios de rebeldía que aparecían en la cara de su sobrino, el anciano le tomó por el brazo y le obligó a acompañarlo hacia la escalera que bajaba a los balcones.

—Te voy a sustituir en el palco de madame de Flamareil —le dijo entonces con un tono más pacífico—. Es muy natural que me cedas las funciones de acompañante oficial cuando las reclamo: así no haces más que cumplir con tu deber de sobrino complaciente y respetuoso, y tu dama no tendrá nada que objetar. Además el palco al que vas está justo encima del suyo, por lo que no podrá verte. Tú desempeña tu papel con soltura y sencillez, y mira a tu futura de modo que no la intimides. Dos miradas deben bastar a un hombre para juzgar a una mujer. No te mantengas tan estirado: es uno de tus defectos. No marques la medida sobre el antepecho, y trata de no retorcerte el pelo a cada momento. Todo te beneficia hoy: tu traje te sienta muy bien, tienes un chaleco magnífico y un aire de marqués. Valor, hijo mío, la pequeña Passerot tiene treinta mil libras de renta y yo te garantizo otras veinte cuando firmes el contrato. Todo ello bien vale el sacrificio de un romance caducado.

Eduardo escuchó este sermón improvisado con una resignación que podía tomarse como un consentimiento tácito, y se dispuso a seguir a su tío sin discutir. De pronto una joven atravesó el pasillo con las manos llenas de flores, cual si fuera una divinidad mitológica, y eso le hizo recordar con remordimiento el pretexto de su huida.

—Había salido del palco —dijo a monsieur de Pomenars— para comprar flores a esas señoras...

—¡Perfecto, pues! Compremos flores. ¿Te he impedido alguna vez ser galante?

El vejete se acercó a la Flora del Théâtre-Italien, le acarició suavemente la barbilla acompañando a este gesto anacreóntico con una de esas frases de cuádruple sentido que suelen permitirse los sexagenarios y que no ruborizan a las floristas, escogió las mejores flores y, tras intentar lo que quería ser una pirueta, volvió a tomar el brazo de su sobrino. Ambos bajaron la escalera.

—Es que hay dos asientos libres en el palco —dijo el joven, quien, después de haber visto a mademoiselle de Passerot, estaba lleno de

indecisiones, buscando conciliar las atenciones debidas a la mujer amada con el oculto deseo de no romper a la bravas un futuro matrimonio cuyas ventajas le parecían evidentes.

—¡Ah, diablos, voy a necesitar a un acompañante! —saltó monsieur de Pomenars comprendiendo el apuro de su sobrino—. Necesitamos que tu ausencia parezca forzada y no voluntaria: no hay que herir nunca el amor propio de una mujer. ¡Ya está! ¡Ya tengo a quien necesito!

Estaban solo a pocos pasos del palco. Frente a la puerta, con la nariz pegada al ojo de buey, igual que Eduardo acababa de hacer dos pisos más arriba, se encontraba el adolescente que los hombres de más edad aún llamaban el pequeño de Boisgontier, aunque, en realidad, hubiera sido un granadero muy bien plantado si pudieramos excusar la ausencia de bigotes. Monsieur de Pomenars se deslizó hasta él sobre la alfombra del pasillo, y le tocó familiarmente en el hombro.

—¡Pero bueno, joven! —le dijo—. ¿Qué hacemos aquí?

Boisgontier se volvió raudo, y farfulló, ruborizándose, una respuesta incomprensible.

—No hay que ponerse colorado por eso, monsieur León —continuó el sexagenario—. Las mujeres hermosas están ahí para que las miremos. Solo que es una equivocación limitarse a la contemplación. A vuestra edad y con vuestro porte, podéis estar seguro de ser bien acogido. Pero, al contrario, si os quedáis en la puerta, podéis estar seguro de no pasar de ahí. ¿Por qué no entráis?

—No tengo el honor de conocer lo suficiente a madame de Flamareil —contestó el adolescente dirigiendo una mirada siniestra a Eduardo.

—¡Bah!, os he visto en el baile que dio en su casa. Venid, yo seré vuestro introductor.

Sin esperar respuesta, el astuto anciano hizo una señal a la acomodadora, y cuando el acceso al santuario quedó franco, fue el primero en entrar con sus dos ramos en la mano. Al oír la puerta, madame de Flamareil se dio la vuelta rápidamente, y su amante pudo juzgar, por la expresión de su cara, el efecto que había producido en ella la huida que se había permitido.

—Señora —dijo monsieur de Pomenars con la soltura imperturbable de un diplomático de salón—, permitidme arrebatar a mi sobrino el favor que disfruta, y utilizar el privilegio de mi edad para ocupar provisionalmente su sitio. Para compensar esta sustitución, aquí os traigo a monsieur de Boisgontier, que me he tomado la libertad de traer conmigo. Espero que entre los dos lograremos compensar la ausencia del afortunado Eduardo.

Con estas palabras, acompañadas de una sonrisa respetuosamente irónica, el anciano caballero ofreció uno de los ramos a madame de Flamareil y el otro a la inglesa de atuendo excéntrico, plantó en uno de asientos desocupados al joven Boisgontier, todo ruborizado de su buena suerte, se sentó en el otro, y cerró la puerta en las narices de su sobrino,

que se encontró así dueño de sus actos, sin saber demasiado si esa libertad le ponía contento o le contrariaba.

—¡Vaya con el pipiolo de Boisgontier, va a creerse afortunado! —se dijo Eduardo momentos después—. ¡Bah!, puede que mi tío tenga razón. Vayamos a encontrarnos con Garnier y hacer acto formal de presencia ante mademoiselle Loida. Después de todo, eso no me compromete a nada.

III

Mornac se reunió con el comandante, que paseaba pacientemente en el vestíbulo, y sin más tardanza ambos entraron en el palco donde se les esperaba. Su tardía aparición causó un movimiento de curiosidad atemperado por el decoro. Madame de Passerot, que se había inclinado para hablar con su hija, se enderezó al punto, aparentando la más sublime indiferencia, y mantuvo durante el resto de la función la pose de una emperatriz de provincia, mientras que su hija, mademoiselle Loida, seguía con la mirada fija en el escenario con una atención demasiado absorta como para no parecer un tanto afectada.

Si no hubiera aprendido ya a sus expensas cuán penetrante e incisivo examen saben las mujeres ocultar bajo una actitud ausente o despreocupada, Eduardo hubiera creído que su presencia había pasado inadvertida, pero la celosa solicitud de madame de Flamareil lo tenía iniciado desde hacía tiempo a esos disimulos diplomáticos. Por tanto, estaba plenamente persuadido, con algo de ayuda por parte de su vanidad, que ni un rizo de sus cabellos, ni un botón de su traje, ni una flor de su chaleco se habían librado de un escrutinio tan minucioso como el de un capitán que pasa revista a su compañía. Esta impresión le hizo sentir que su apariencia adquiría una tiesura almidonada como la de la corbata blanca que llevaba puesta en esta solemne ocasión.

—Debo tener la gracia de un recluta —se dijo, algo contrariado—: ¡vaya consejos que me da mi tío! Me gustaría verle en mi lugar, amenazado por el fuego de esta batería casamentera. Debo tener una pinta de pazguato, parecida a la de ese mozalbete Boisgontier cuando mira arrobado a Eudoxia. Todo esto es muy desagradable: si, en el fondo, lo que quiero es permanecer fiel a mis sentimientos y no casarme, no hay razón para parecer ridículo a los ojos de esta recién salida del internado.

Mientras Mornac trataba de librarse de su encorsetamiento, luchando contra una situación que incluso a los menos tímidos logra darles un aspecto torpe y artificial, su acompañante se abandonaba a una preocupación en cierto modo similar, solo que el pavoneo que el primero desplegaba para un solo palco, el segundo lo exhibía para la sala entera.

Garnier era uno de esos galanes de cuartel convencidos del irresistible poder seductor del uniforme. Trasladado a París desde las posiciones avanzadas de Argel donde se había enfrentado a las cabilas solo unas pocas semanas antes, se tomaba al pie de la letra la alegoría de Marte desarmado por Venus, y mientras negociaba la boda de su prima, estaba tramando para sí una conquista aristocrática con la que amenizar sus tres meses de permiso. Deseaba una duquesa, pero, viendo que lo ducal andaba escaso, había decidido contentarse con una marquesa. Por tanto, en medio del balcón del Théâtre-Italien, el Marte de los granaderos de África había

establecido decididamente su posición como un pachá sobre el diván de su harén. Sus ojos, acostumbrados a detectar a media legua la chilaba de un beduino, recorrían audazmente los palcos, buscando, del patio al gallinero, la Venus que debía coronar con mirtos su frente quemada por el sol de la Mitidja. Con cada hallazgo que le parecía prometedor, se atusaba los bigotes, sonreía con seducción marcial, daba a su mirada una expresión fascinadora y ensanchaba excesivamente los hombros para abultar su busto atlético. Al cabo de media hora de semejante tejemaneje, el galante oficial tuvo que rendirse a la evidencia de que las gracias de su persona o de su pose eran otros tantos gastos perdidos o perlas subestimadas, pues ningún binocular femenino tuvo el buen gusto de enfocar al glorioso militar tan bien expuesto en su balcón.

—No hay una sola mujer hermosa en toda la sala —dijo entonces a Mornac, con ademán de evitar un bostezo, y se hundió en su asiento con el desdén de la zorra que encuentra las uvas demasiado verdes.

El resto de la función transcurrió sin otro incidente. La caída del telón, esperada con impaciencia por todos los actores de esta fastidiosa escena conocida como entrevista de matrimonio, hizo feliz sobre todo al comandante, que en materia musical solo disfrutaba con las trompetas de su escuadrón, y cuyo amor propio no había hallado la satisfacción esperada.

—¡Uaaaaaaa! —dijo a su compañero, parodiando sarcásticamente una escala cromática—. Vaya un papelón que he tenido que hacer por vos. Me costará olvidarlo. Bueno, mañana es domingo: iré a la Sala Chantereine, que es donde uno encuentra mujeres deliciosas y más guapas que todas estas mojigatas, pero ahora tengo que seguir con mi oficio de negociador. Ya habéis visto cómo es mi prima. Y bien, ¿qué os ha parecido?

—Mi querido comandante —contestó el joven—, pese a la actitud que mantengo, no soy ciego: mademoiselle de Passerot es una persona encantadora, con todos los requisitos que puede desear un marido.

—Estupendo. Ahora se trata de ver si vos habéis producido un efecto parecido. Voy a acompañar a estas señoras, que residen, como sabéis, en el hotel de los Príncipes, en la calle Richelieu, que está a dos pasos de aquí. Luego tengo que charlar con vos un rato y, por ello, id a fumar un cigarro al Pasaje de la Ópera: antes de veinte minutos, estaré de vuelta.

Mornac dejó pasar al oficial y luego, medio escondido por la gente elegante que llenaba los pasillos, se puso a seguirlo, llevado por un sentimiento de curiosidad fácil de comprender. Oculta hasta la cintura por la barandilla del palco en que estaba sentada, no había podido ver de mademoiselle Loida sino el busto, y esta limitación le preocupaba como si estuviera en serio decidido a casarse.

—¿Por qué —se decía— madame de Passerot, que es una clara devota, no ha querido que la entrevista se realizara en una iglesia, o mejor durante un paseo, lo que me hubiera beneficiado, ya que se me suele reconocer un

porte bastante distinguido? Para enjaular a su hija hasta la barbilla, debe tener sus razones. ¿Tiene la niña algún defecto que se trata de disimular con la esperanza de que su bonita cara me haga aceptar el resto? Antes de averiguar si el gorjeo de esta provinciana iguala a su plumaje, debería asegurarme de que las plumas mismas no esconden algo feo. Me ha parecido que su cuello no estaba engarzado en sus hombros de una forma lógica.

Rumiando todo esto, el joven se había colocado bajo el peristilo, en medio de los grupos que, a la salida del Théâtre-Italien, forman un seto más lleno de espinas que de flores, que las blancas corderas no logran superar sin dejar algunos de esos copos de los que se apodera la maledicencia aristocrática para tejer su crónica diaria. Haciendo oídos sordos a las observaciones más o menos descocadas de los presentes, Mornac no tardó en ver aparecer, al comienzo de la escalera, a mademoiselle de Passerot andando junto a su madre, que a su vez se apoyaba en el brazo de su sobrino. Pudo entonces convencerse de que la candidata a ser su esposa poseía un talle que armonizaba con sus facciones, y que el fuste de la columna era digna del capitel.

—¡Auténtica normanda, pura sangre! —se dijo, sin notar demasiado su satisfacción interior—. ¡Recta como un chopo y fresca como una pera! Mi tío tiene razón: será un magnífico esqueje para injertar en el tronco de los Mornac.

Cada vez más seducido por este examen, el joven se disponía a salir del peristilo para seguir a mademoiselle Passerot y ver cómo subía en su coche, cuando una mano tomó furtivamente la suya a la vez que una voz vibrante pero contenida deslizaba en su oído esta palabra:

—¡Ingrato!

Eduardo se sintió conmocionado como un ladrón sorprendido en flagrante delito. Antes de intentar moverse, la mano, que había reconocido como la que miles de veces se había llevado a los labios, se zafó de la presión con que intentaba retenerla. Enardecido por este rechazo, se volvió con presteza: Eudoxia ya no estaba. En lugar de los ojos azules cuya cólera se disponía a desarmar, se encontró con las pupilas verdosas de monsieur de Pomenars, que le decían de un modo tan despótico como puede llegar a ser la mirada de un tío:

—Vete.

Madame de Flamareil seguía andando sin volver la cabeza, arrastrando con sacudidas nerviosas al importuno anciano que se había apoderado de su brazo, erigiéndose en su protector a pesar de ella. Detrás de ambos se apresuraba León de Boisgontier, a quien le había correspondido mistress Lawington, cubierta, por encima de sus atavíos, con una palatina cuyas pieles remedaban el pelaje de una cebra. El novato se desagraviaba de su pesada función acariciando con la mirada los blancos hombros de la dama de sus sueños, y estaba tan absorto en su contemplación que no se dio

cuenta de la presencia del rival, a quien detestaba con la más decidida animadversión.

—¡Cómo se inflama el muchachuelo! —se dijo Eduardo, quien, persiguiendo dos liebres a la vez, no estaba dispuesto a que se viniera a cazar en sus dominios—. En lugar de estar celosa como una italiana y de venir a gritarme en la oreja palabras de melodrama, bien podría deshacerse de este adolescente que terminará por dejarla en ridículo.

Entre la jovencita y la mujer aún joven que habían ocupado su mente casi por igual, Mornac, que por una contrariedad bastante frecuente entre los hombres de veinticinco se encontraba al mismo tiempo haciendo de amante curtido y de pretendiente al matrimonio, quedó sumido en una indecisión a la que puso término la partida de los coches donde se habían subido la familia Passerot, por un lado, y por otro la melancólica Eudoxia, siempre escoltada por su carabina británica, por el amoroso Boisgontier y por el sexagenario cuya corbata estilo *incroyable* no lograba ocultar del todo su maliciosa sonrisa.

Eduardo se dirigió pensativo al Pasaje de la Ópera y, durante la media hora que estuvo esperando a Garnier, tres ideas bastante dispares ocuparon su mente. La primera, que madame de Flamareil, cuya irritabilidad nerviosa y despóticos celos conocía bien, le preparaba una escena de reproches, de lágrimas, e incluso puede que de desmayos. La segunda, el par de bofetones que pensaba administrar al bisoño Boisgontier en la primera ocasión favorable. Por último, la pierna de Diana cazadora que le había revelado el estribo del carruaje sobre el que mademoiselle Loida se había lanzado con una impetuosidad poco elegante.

Esta triple meditación, cuyos elementos se enmarañaban continuamente entre sí como los hilos de un ovillo, fue interrumpida por el comandante que llegaba con paso rápido, como portador de buenas nuevas.

—Querido amigo —dijo—, hace una noche excelente. Cojamos unos cigarros y vayamos por el bulevar, donde estaremos más libres para conversar. Tenemos que tratar el asunto a fondo.

Después de encender los cigarros, Garnier tomó el brazo de quien consideraba ya su primo. Salieron del pasaje y giraron a la derecha. A la altura del Tortoni, el oficial de granaderos inició la conversación.

—Lo primero que debéis saber —afirmó—, es que he justificado vuestra ausencia del palco inventándome un desafío que os ha retrasado hasta las nueve, y en el que habéis desempeñado un papel heroico: disparo fallido noblemente afrontado, contestado con un magnánimo tiro al aire. Las mujeres adoran a los duelistas, sobre todo mi tía, cuyo marido resultó ser el mayor gallina de toda Normandía. Se ha tragado completamente la historia, y una vez tranquilizada al ver que no ha habido desaire a su dignidad, ha sonreído de oreja a oreja. Claramente la habéis conquistado, lo que no es poco decir. «Monsieur de Mornac parece un hombre como Dios manda», me ha dicho al oído, y esto lo dice todo, porque su *como*

Dios manda le sirve de muletilla habitual para expresar aprobación. Ha rechazado con anterioridad a diez pretendientes porque tenían, a su juicio, un aire poco distinguido. En cuanto a Loida, no ha dicho ni una palabra, como podéis imaginar, pero la opinión de su madre es siempre la suya. Ya tendréis tiempo de cortejarla. En suma, la entrevista os ha sido favorable: habéis gustado. Como veis, mis cartas están boca arriba. Ahora solo os queda decidir si queréis seguir adelante y encargarle a vuestro tío la petición oficial de mano.

—Querido comandante —contestó Eduardo—, la entrega y la lealtad con las que lleváis este asunto me suscitan plena confianza en vos y me obligan a hablaros con franqueza, como vos lo habéis hecho conmigo. Yo también enseño mis cartas. Espero no tener necesidad de aseguraros mi gran respeto por vuestra familia y el gran honor que me supone entroncar con ella, pero deseo exponeros mi posición personal, para que no interpretéis desfavorablemente las dudas que habéis podido notar en mí. No tengo fortuna propia y dependo enteramente de la de mi tío, el cual quiere que me case, y hasta me ha dicho que si transcurridos tres meses aún sigo soltero, entonces sería él quien se casaría: lo que es muy capaz de hacer, de eso estoy convencido. Ahora bien, mi tío tiene sesenta y cinco años, y a esa edad todavía se puede tener hijos, como sabéis. Por tanto me veo en la tesitura de casarme o si no, antes de un año puedo estar haciendo de padrino de un primito o de una primita que me dejarían sin cuarenta y cinco mil libras de renta, de las que soy ahora el presunto heredero. Por otro lado, os repito que no imagino un matrimonio más beneficioso y más honorable que el que estamos tratando ahora. Y, sin embargo, en lugar de la decidida determinación que esperaríais de mí, me veis sumido en un mar de dudas, de perplejidades y de inquietudes cada vez más penosas y crueles.

—¿Os referís a vuestra dama del palco de los Italianos? —dijo el comandante.

—En efecto, mi querido Garnier. Comprended mi posición, y no lastiméis mis sentimientos con lo que para vos es una ironía inofensiva, pero que para mí es algo serio, demasiado serio si tengo en cuenta mi porvenir. Esta persona a la que habéis hecho alusión, la amo desde hace más de cinco años. Estoy unido a ella por lazos de afecto, de reconocimiento, posiblemente incluso de costumbre, en una palabra por todos los lazos que se crean en una intimidad no interrumpida y no compartida. Romper esa cadena, pues acepto considerarla una cadena, repudiar ese pasado lleno de recuerdos, decir un adiós definitivo a este amor en el que he puesto mi alma entera, es un sacrificio que me aterra. Cuando pienso en él, dudo de mi valor para afrontarlo. Lo temo por mí, pero sobre todo lo temo por ella. Ella me ama, Garnier, y mi matrimonio sería una puñalada dirigida directamente a su corazón.

—¡Bah! —dijo el oficial de granaderos, lanzando al cielo una bocanada

de humo como un delfín que sopla por su espiráculo agua salada.

—No penséis que una ridícula presunción me hace hablar así —continuó Eduardo con viveza—. ¡Ojalá me equivocara! Pero conozco demasiado ese corazón fiel, esa languidez enfermiza, ese alma entusiasta, esa mujer no menos orgullosa que sensible y que, herida por mí, no se quejaría, pero...

—Moriría, ¿no es verdad? —interrumpió Garnier—. Sois joven, amigo mío, pero hacedme caso y tranquilizaos: las mujeres se rinden y no mueren.

Al oír esta impertinente parodia del dicho del general Cambronne, Eduardo tiró su cigarro con un gesto de desdén que no fue notado por el prosaico oficial.

—Comandante —dijo a continuación con un tono ligeramente irónico—, veo que no nos entendemos. Me imagino que vuestras conquistas de cuartel no os han ayudado a valorar lo que puede haber de noble, de apasionado, de sublime en el alma de ciertas damas bien nacidas.

—¡Mis conquistas de cuartel! ¿Qué queréis decir? —exclamó el oficial, picado a su vez—. Sabed que en los quince años que estoy en el servicio he conocido a veinte damas, y digo damas, más hermosas y más agradables que los mascarones de proa de esta noche. ¡Diablos! Hablemos sin llegar a lo personal. Estamos tratando de vuestra boda, en la que pongo mucho interés, y ahora resulta que a propósito de una antigua pasión os eleváis al séptimo cielo. ¿No debo tratar yo, como persona sensata y cabal, de traeros a tierra otra vez, de volver a plantear la cuestión en sus justos términos y de resolverla tras analizar los pormenores?

»Yo mantengo que, de cien mil mujeres, ni una sola muere de amor. Querido Mornac, se trata de metáforas. Nosotros les decimos a ellas: si no me amáis, me mato; luego ellas nos dicen: si ya no me amáis, moriré. Pero a la postre, entre matados y muertas no se entierra a nadie. Os hablo como cualquier hombre sensible lo haría en mi lugar —continuó Garnier, cambiando la entonación de su voz—. Os lo repito, podéis apostar cien mil contra uno a que vuestros temores son infundados. Y al deciros esto no penséis que soy un bruto sin sentimientos, como me parece que creéis. Si en lugar de mantener el discurso de lo razonable, utilizara mis recuerdos y mi propia experiencia, puede que estuviera de acuerdo con vos. Pero no se debe nunca confundir la excepción con la regla.

—¿Cómo? —dijo Eduardo, intrigado por estas palabras—. ¿Habéis vivido alguna vez un sentimiento serio que desmienta esa incredulidad filosófica que manteníais antes?

—Quizá —contestó el jefe de escuadrón, tirando a su vez el cigarro, y dejando escapar a través de sus largos bigotes uno de esos suspiros apenas audibles que dejan escapar los corazones con herrumbre de años.

—Confidencia por confidencia —repuso Mornac, quien, pasada su inicial reacción de incomodidad, quería restaurar la paz con su

interlocutor.

IV

El oficial meneó la cabeza con una melancolía que parecía fuera de lugar en su ancho y rubicundo semblante.

—Es un episodio de mi vida en el que pienso lo menos posible, y del que no hablo a nadie. Pero no rehúso contároslo para no daros la impresión de que solo he conocido en mi vida a las cantineras de mi regimiento, cuando, en realidad, he llegado a sentir una pasión al menos tan grande como la vuestra.

»Hace unos diez años de esto. Yo era teniente en el séptimo de granaderos, perteneciente a la guarnición de Lyon. Lyon es una ciudad aburrida, como quizá sepáis, y la sociedad de Bellecourt, en la que alguno de nosotros habíamos sido aceptados, es una colección insípida de salones donde un oficial puede ver cómo pierde su dinero jugando a las cartas contra damas decrépitas. A mí me gusta divertirme y empezaba a estar bastante harto: cansado de verme desplumado todas las noches por contemporáneas de Luis XV, estaba dispuesto a explorar la capa inferior de la esfera mercantil donde se encuentran caras más bonitas. Pero un día, en medio de uno de esos salones de Bellecourt con los que quería romper, me tropecé con una mujer que aún no había conocido en sociedad. Una mujer, no, ¡un ángel!, querido amigo. Esbelta y bien plantada como para un retrato, con hombros magníficos, ojos azules y una mirada que acariciaba el corazón como un guante de terciopelo, cabellos rubios...

—¡Era rubia! —interrumpió Eduardo—. Creo que ya la amo.

—¿También lo es la vuestra? No es que prefiera a las rubias, pues hay morenas tremendamente seductoras, pero en este caso todas las andaluzas y todas las africanas tenían que ceder el paso. No puedo describir lo que sentí, algo como un escalofrío desde la planta de los pies hasta donde empieza la nuca. Estaba sentado en una mesa de ecarté donde me jugaba un centenar de francos cuando esa mirada tierna y lánguida se fijó en mí. Hasta entonces me había reído de lo que en el colegio llamábamos las flechas de Cupido, pero, al sentirme traspasado de parte a parte como por un tiro de ballesta, me convencí de lo adecuado de la alegoría. Perdí estúpidamente dos buenas bazas, y sordo a las protestas, me levanté de la mesa para seguir a esa sirena, que ya estaba en otro salón.

»No voy a contaros, mi querido Mornac, todos los incidentes y detalles del progreso de mi pasión: son muy similares a los de los demás. Simplemente llegaríais a ver que a los veinticinco yo no era más sensato de lo que hoy vos estáis siendo. Yo estaba enamorado como un león. Desde mi salida de la academia de Saint-Cyr, no había experimentado nada parecido. Elisa permanecía...

—¡Elisa!, uno de los nombres de mujer que más me gustan —saltó Eduardo compungido.

—Un bonito nombre, ¿a que sí? Era verano. Elisa vivía en el campo a algunas leguas de Lyon, mientras que su marido residía en la ciudad para desempeñar su cargo al frente de una administración. Me enteré de ello enseguida y emprendí una de las vidas más agitadas que pueda tener un enamorado. ¡Diez leguas a galope casi todos los días! Y sin parar en el camino, pues el coronel no bromeaba y yo no tenía ningún interés en que me arrestaran. Reventé dos caballos en esa campaña, sin contar con que no siempre llegaba a tiempo al cuartel y que, cuando llegaron los ascensos, me vi relegado por negligencia en el servicio. Pero tenía la cabeza al revés, y me daban igual los galones. Y es que gozaba de una agradable indemnización, y lo que perdía en ascensos, me lo compensaba mi hermosa rubia. Era una mujer del gran mundo, aguda de ingenio, noble de carácter, de misa diaria: una auténtica duquesa.

»Al verme hoy, querido Mornac, nunca imaginaríais qué Celadón llegué a ser por entonces. Esta mujer me hizo sufrir una metamorfosis que aún me asombra cuando la rememoro. Yo, que no podía ver un escritorio sin sufrir dolor de cabeza, le improvisaba cartas de doce páginas que incendiaban las piedras. ¿Habéis leído la *Nueva Eloísa*? Pues, creedme, es nieve derretida al lado de mi forma de escribir en aquella época. Y, además, cambio completo en mis costumbres: fuera café, fuera billar, fuera tabaco. Mis compañeros, que no entendían nada, me llamaban mademoiselle Garnier. Pero a mí me daba igual, siempre que Elisa estuviera contenta. Tenía algunos años más que yo y eso le daba una cierta autoridad que le gustaba ejercer. Me imponía sus gustos, sus decisiones y hasta sus caprichos. Todo me agradaba. Ella era celosa, y a mí me gustaban hasta sus celos.

—Sin embargo son un defecto que ocasionan bastantes problemas —observó Mornac, que recordaba las pruebas a las que a diario le sometía madame de Flamareil.

—Sí, pero halagan. El marido no podía casi nunca abandonar Lyon. En el campo no había vecinos y, con algo de prudencia, eso nos permitía cierta libertad. Cuando el servicio me lo permitía, me quedaba hasta muy tarde y, a veces, no regresaba. La casa estaba cerca del Saona y, por la noche nos paseábamos en barco, sobre todo si había luna. Le encantaba la luz de la luna, y a mí también. Estaba tan guapa, sentada al timón, con su sombrero de paja y su chal de cachemira azul. Elisa solo usaba cachemiras. Cuando me cansaba de remar, recitaba las *Meditaciones* de Lamartine, que ella me hacía aprender de memoria. Sí, querido amigo, las *Meditaciones* de Lamartine. Para que veáis que he sido tan romántico como el que más. Si ella hubiera querido, hubiera terminado escribiendo versos. ¡Ay!, son momentos que no se olvidan, ¡caramba!, que no hay modo de olvidar.

El comandante Garnier se atusó varias veces el bigote, y guardó durante unos segundos un silencio enternecido que su acompañante

respetó.

—Pero todo debe acabar en esta vida —continuó con tono melancólico—. Mi felicidad duraba apenas cinco meses cuando fue destruida por una catástrofe inesperada. Una mañana, en mi cuarto, ocupado en escribir una de esas epístolas fogosas de las que os hablaba antes, llaman, la puerta se abre y veo entrar a un hombre de cuarenta años, estirado, seco, cortés y serio. Lo confieso, sentí miedo. Era el marido, y hubiera preferido que fuera un lobo hambriento. Algunos amigos caritativos le habían informado de mis relaciones con su mujer. Lo sabía todo y venía a proponerme, con toda seriedad, un desafío a muerte. Puse inconvenientes, pues mis principios en esta materia son taxativos: engañar a un marido está bien; matarlo, no. Pero no hubo modo de negarse: él exigía una reparación y era la parte ofendida. Cada cual se buscó un testigo y fuimos a enfrentarnos en un camino rehundido detrás de Fourvières. Yo era uno de los mejores tiradores de Saint-Cyr, y rebosaba confianza en mí mismo. No deseaba matarle, solo desarmarle o, a lo más, herirle ligeramente en el brazo para dejarle fuera de combate. Después de algunos lances, traté de enganchar su espada para hacerla saltar lejos con un giro de muñeca, pero no lo logré y él, en cambio, sí consiguió tirarme una estocada que hundió seis pulgadas de acero en mi costado. Antes de darme cuenta, ya estaba en el suelo, despatarrado como un cordero al que acaban de sangrar. Mi endiablado contrincante, con toda su cortés sangre fría, me dijo que ya tendríamos el placer de continuar cuando mi herida hubiera curado. Y se dio la vuelta después de haberme saludado con la mejor educación.

»Permanecí seis semanas en cama, profiriendo blasfemias contra todo, sin noticias de Elisa, a quien tampoco podía escribir. Solo sabía que había caído enferma al día siguiente del duelo, y que su marido la había traído a Lyon. Cuando al fin llegué a estar convaleciente, la primera visita fue para mi coronel, confiando en la recomendación que uno de mis tíos le había dirigido en mi favor.

»—Garnier —dijo nada más verme—, me alegro de veros levantado. Ya no formáis parte del séptimo de granaderos. Vuestro nuevo destino es el regimiento que sale para Morea, y mañana mismo partiréis para uniros a vuestro nuevo cuerpo en Toulon. No quiero réplicas. Allí tendréis que utilizar el sable, tal como os gusta, y tendréis la oportunidad de conseguir el ascenso que aquí se os ha escapado por vuestra culpa. No podéis quedaros en Lyon. Vuestra aventura ha hecho demasiado ruido. En Bellecourt son puritanos y ya han hablado del peligro de dar entrada a los militares en los salones. Vuestra estancia aquí sería perjudicial para vuestros colegas, y por mi parte no tengo ningún deseo de que mis oficiales estén en entredicho. Por tanto, poneos en camino mañana a la siete y, hasta entonces, nada de locuras sentimentales. Una vez allí, honrad al séptimo y volved capitán.

»No cabía la más mínima objeción, pues cuando el coronel daba una orden, había que ponerse en marcha con el pie izquierdo, como dicen en infantería. En estado de semi-locura, fui a casa de Elisa, a quien pude ver porque su marido casualmente estaba fuera. ¡Ay, mi querido Mornac, qué escena! Aunque viva mil años, no se me irá nunca de la memoria. Imaginaos una mujer echada sobre un diván, pálida, enflaquecida, rota, más cambiada por su pena que yo por seis semanas de dolores, y, cuando le informé de mi partida, llegaron sus suspiros, sus abrazos, sus sollozos, sus desfallecimientos desconsolados.

»—Teódulo mío —me decía estrujándome en sus brazos—, al irte te llevas contigo mi cordura o mi vida, pues si no muero, me volveré loca.

»Y ciertamente la dejé moribunda cuando tuve el valor de abandonar el cuarto. Sin voz y sin darse cuenta de nada, no escuchó mi último adiós ni reaccionó a mis últimos besos. Ya no quedaba espíritu en ese cuerpo, y cuando la puerta se cerró detrás de mí, me pareció que era la tapa de su ataúd lo que oía.

»Hace diez años de esto, Mornac —continuó el comandante después de una emotiva pausa—, y me parece que pasó ayer. Estos diez años los he pasado casi todos fuera de Francia: en Morea, en Argel, en los sitios donde había conflictos y acción. Este recuerdo es una carcoma que nunca me ha abandonado.

Absortos por el interés en la conversación, los dos amigos habían llegado hasta la iglesia de la Madeleine. El comandante Garnier, cuya carcoma no le había impedido volverse algo rollizo, y que, además, no era buen andarín, quizá por haberse dedicado a la caballería, se detuvo algo falto de resuello. Levantando los ojos al cielo, y como recordando la época en que se sabía de memoria las *Meditaciones* de Lamartine, exclamó:

—Quiero confesaros una última puerilidad —dijo con tímida sonrisa, destinada a desactivar cualquier posible mofa—. Levantad la cabeza. ¿Veis esa estrella encima del frontón, a la izquierda de la Osa mayor?

—Sí, la veo.

—Era nuestra estrella, la que había escogido la imaginación exaltada de Elisa para simbolizar nuestro amor. Y no lo creeréis, pero en Grecia y en África, donde las noches son casi siempre serenas, me he pasado horas enteras contemplando esta estrella. E incluso ahora, después de diez años, no puedo mirarla sin querer echarme a llorar como un niño.

Eduardo escuchó esta sentimental confidencia con una atención mayor de la esperable en un joven de veinticinco años que lleva bigotes, guantes amarillos, unos quevedos en el bolsillo del chaleco, y que acaba de salir del teatro de los Italianos.

—Es una tierna superstición, que indica un alma sensible —dijo con la cara vuelta hacia a la estrella—. Querido Garnier, nunca os ruboricéis de un sentimiento noble porque quede más allá de la comprensión vulgar. Yo también tengo una estrella.

—¡Bravo! —exclamó el comandante, feliz de librarse del sarcasmo que se esperaba—. ¿Y dónde residís allá arriba? ¿Somos acaso vecinos?

—Está allí, al poniente. Es esa estrella aislada, algo detrás de la flecha de los Inválidos. ¡Qué curioso! En realidad yo quería vuestra estrella, pero mi dama no aceptó, y escogió esa otra.

—Reconoced que las mujeres tienen ideas ciertamente encantadoras cuando están enamoradas —dijo Garnier con ternura.

—¡Esta extraña coincidencia incrementa aún más el interés que me inspira vuestra narración! —contestó Mornac, quien, tras encontrar en el robusto comandante a un hermano en pesares de amor, se afianzaba en sus sentimientos de fidelidad y se dejaba llevar por el giro elegíaco de la conversación—. Realmente, ellas tienen un corazón noble y entusiasta.

—«Ellas tienen» —interrumpió el oficial de granaderos con tono de dolor—. Daría mi cruz y mis galones de jefe de escuadrón por poderlo decir yo también. Pero cuando pienso en mi pobre Elisa, solo tengo allá arriba nuestra estrella, porque aquí abajo...

—¿Murió?

—Debe de haber muerto, me temo. Sin noticias suyas durante tanto tiempo, no me atreví a indagar al volver a Francia. Tengo el presentimiento de que ya no la volveré a ver. No he pronunciado nunca su nombre ante personas que pudieran hablarme de ella, para no tener que enfrentarme a la confirmación de mis temores. No he vuelto a poner los pies en Lyon, y he preferido no saber a tener certidumbre de mi desgracia. En estos diez años he amado a otras mujeres, y de las más distinguidas —añadió Garnier con el orgullo con que Ruy Gómez enseñaba a Carlos V sus retratos de familia—, pero ninguna como ella. Solo una vez se encuentra a una como Elisa.

Involuntariamente Mornac miró a su acompañante con esa mirada de reojo con la que los jóvenes se desprecian mutuamente, al igual que hacen la mujeres entre sí. La conclusión del examen fue que el comandante Garnier era demasiado gordinflón y tenía un aspecto tan marcialmente aburguesado como para que su ausencia provocara en una mujer elegante el deseo de terminar su vida.

—¿Y pensáis que esta dama no ha podido sobrevivir a vuestro alejamiento? —preguntó el joven, pasando de golpe de la compasión a la ironía, pues ciertas palabras dichas por su interlocutor, al comienzo de la conversación, no dejaban de intranquilizarle.

El oficial se detuvo, con los ojos dándole vueltas como a un toro al que acaban de picar.

—¿Acaso no pronosticáis vos que vuestro matrimonio daría el golpe de gracia a vuestra dama? —afirmó con rotunda voz de bajo.

—Yo trato de ser lógico en mis sentimientos, pero vos, ¿no acabáis de decir que las mujeres nunca mueren?

—Hay mujeres y mujeres —repuso secamente Garnier.

—Como hay hombres y hombres —pensó Mornac, comparándose con su acompañante y concluyendo que si alguno de los dos podía albergar la presunción de llevar a su amante a la tumba, era más bien él, el parisino elegante, que no el obeso dandi uniformado.

—Con toda esta charla —continuó el comandante, cuyo enternecimiento se había visto congelado por el comentario irónico de Eduardo— nos hemos desviado por completo del asunto. Volvamos a él, si no os importa, pues hemos trastocado los papeles, tomando yo la iniciativa cuando os correspondía a vos. Ya os he dicho que mi tía parecía bien dispuesta en vuestro favor. Ahora os toca a vos decirme cuáles son vuestras intenciones.

—Mi querido comandante —contestó Eduardo, que sentía renacer con esta pregunta toda su indecisión—, en este momento apenas sé lo que quiero..., temo tanto las consecuencias de una decisión precipitada..., un matrimonio es algo tan serio... Mi tío me ha concedido tres meses para decidirme. ¿Os parecería que un plazo semejante...?

—Os concedo un plazo de veinticuatro horas —respondió Garnier con el tono de un general que impone una capitulación en un asedio; pues, desde que Eduardo se había permitido aquella sonrisa irónica, ya no se veía tan inclinado a tenerlo por primo—. Comprenderéis que mi familia no está hecha para esperar todo un trimestre el capricho de cualquiera. Mi tía se casó a los dieciocho, y ha decidido que su hija se casará también a los dieciocho. Si no es con vos, será con otro. Mañana cenaremos ambos en casa de monsieur de Pomenars, y a los postres me haréis saber vuestra decisión definitiva.

—Bien, pues. Hasta mañana —dijo Mornac, agarrándose a ese arreglo que le otorgaba un día suplementario a su indecisión.

—Son las doce y media de la noche —siguió el oficial—. Ahí está la Rue de la Paix. Es vuestro camino, buenas noches.

Con estas palabras, se alejó con paso beligerante, tras estrechar sin demasiada cordialidad la mano que le ofrecía su compañero.

—Ahí dejo —se decía mientras hacía sonar sus espuelas en las losas de la acera— a este iluso convencido de que alguien va a morir por su cara bonita. Me imagino que su adorada es una mujer talluda.

—Ese granadero llegado de África es un encanto con sus pintas de lord Byron —pensaba Eduardo a su vez—. ¡Qué devorador de corazones, si hemos de creerle! Es una pena que esté algo rollizo para hacer el papel de vampiro. Esa duquesa de Lyon a la que ha hecho morir debía de ser, me apuesto lo que sea, una comerciante en modas que ahora mismo goza de plena salud.

Y ambos se fueron a acostar, cada uno por su lado, pero no sin antes contemplar Mornac, por última vez, el astro de Eudoxia que brillaba al oeste como un destello salido de la flecha de los Inválidos; y el comandante Garnier, la estrella de la difunta Elisa, vecina perenne de la

Osa mayor.

V

A la mañana siguiente monsieur de Pomenars y su sobrino desayunaban juntos, el tío con un apetito de joven, el joven con el típico desdén hacia los placeres viscerales cuando las contrariedades imperan. Una vez que el criado, luego de servir el té, se hubo retirado, el sexagenario, que hasta entonces había guardado un silencio respetuoso hacia la tristeza de Mornac, llenó la taza de este, incluso le puso azúcar, y se la pasó con una deferencia insólita entre tío y sobrino.

—Sobrino —le dijo de buen talante—, estoy muy satisfecho de ti. Parece que ayer hiciste maravillas sin darte cuenta. Nuestro agente diplomático, madame de Lordes, me escribe esta mañana que tu porte y semblante han tenido gran aceptación. En cuanto a tu seso y juicio, que, por lo que me dice, esperan con impaciencia poder apreciar, no me suscita la más mínima inquietud: sabes ser agradable cuando quieres. Ya ves, por tanto, que todo va sobre ruedas, y que el éxito final solo depende de ti. Esta noche concluiremos los preliminares con el obeso comandante. Yo trataré de cerrar la cuestión financiera, pues en caso de discrepancia conseguiré más de él que de tu futura suegra, a la que veo un tanto rapaz, como todas las suegras. Y mañana, sin más tardar, iré a solicitar de madame de Passerot el permiso para poderte presentar formalmente.

—Es decir, tío, que seguís insistiendo en ese enlace —respondió el joven con pesar, rechazando la taza de té como si se tratara del símbolo del cáliz conyugal.

—¿Qué? —dijo monsieur de Pomenars, abriendo los ojos como platos.

—Me habíais dado tres meses para pensármelo —continuó Eduardo.

—Palabras de pusilánime. ¿Qué importan tres meses o tres días, si al final hay que dar el salto?

—Pero, tío, olvidáis que esto no me afecta solo a mí. Suponiendo que haga como vos queréis, ¿puedo hacerlo sin antes haber preparado para la ruptura a una persona digna de toda mi estima y consideración, y a quien no puedo ofender sin caer en la ingratitud? Es una persona a la que vos mismo elogiáis con frecuencia, y de la que, permitidme que os lo diga, nunca habéis intentado alejarme antes de ahora. Desde el principio, he tomado vuestro silencio como signo de aprobación y no de reproche. Es más, recordad el baile del ministro del Interior, en 1830, en donde, después de bailar con ella, me dijisteis: «Eduardo, si tuviera veinte años y deseara verme envuelto en una pasión, no desearía a otra mujer que no fuera madame de Flamareil.» Pues bien, tío, yo tenía veinte años entonces, y lo que vos fantaseabais, lo puse en práctica. Y ahora abusáis de vuestra autoridad para que rompa, con precipitación cruel, una relación que después de todo es hechura vuestra: sin vos, nunca hubiera sido admitido en su salón.

—Estaréis de acuerdo conmigo —repuso monsieur de Pomenars con sonrisa socarrona— que solo os introduje hasta el salón. Si luego habéis logrado penetrar hasta las habitaciones interiores, eso ya no es cosa mía. Veamos, Eduardo, ¿habláis en serio? Tenéis veinticinco años y ya lleváis tiempo en sociedad, ¿a qué viene ese lenguaje de párvulo? Escuchadme, os lo ruego, y decidme luego si no me he comportado en todo este asunto como si fuerais mi propio hijo.

»Hace seis años, a la muerte de vuestra madre, os hice venir a París. Llegasteis una mañana de Toulouse, torpe, desgarbado, sin saber entrar, ni salir, ni sentaros, despidiendo, como genuino abogado provinciano, un espantoso olor a tabaco, y hablando gascón como para conmover al Garona. No os lo niego: me disteis miedo. Erais demasiado joven para hacer que os casarais, y la revolución de julio, que se produjo por entonces, os cerró el acceso a cualquier destino administrativo. Por todo ello, solo deseaba una cosa para vos: que os transformarais en hombre; pues erais entonces un oso sin modales que había que civilizar, y esa tarea solo una mujer podía acometerla con gusto y con esperanzas de éxito. En cuanto vi la buena disposición con que os acogió madame de Flamareil, me alegré por vos. Yo no servía para estar todo el día abrumándoos con sermones: esa es una tarea para un anacoreta o un cartujo, pero, a mi edad, yo solo había llegado a ser un hombre de mundo. Por eso no puse ningún obstáculo a una relación en la que veía para vos muchas ventajas y pocos inconvenientes.

»Madame de Flamareil ofrecía, por su posición social, por sus maneras distinguidas, por la madurez de su edad..., ¡dejad en paz la tetera!..., sí, no me importa reconocer que es una madurez llena de frescura, de gracia, de seducción, y que vos sois un afortunado bribón. Como decía, madame de Flamareil me ofrecía todas las garantías de un preceptor a quien confiar un hijo. Una mujer más joven os habría metido en múltiples enredos, quizá sin beneficio. Una de más edad os hubiera dejado en ridículo. Con una de clase media habríais perdido las tradiciones de la buena sociedad, y, en fin, con esas..., cómo decirlo..., con esas cortesanas de las que están tan estúpidamente pendientes algunos amigos vuestros, habríais empeñado vuestra futura herencia con los prestamistas. Otros tantos escollos peligrosos para un joven de los que habéis escapado indemne, gracias a Dios, y también, tengo que decirlo, gracias a ella.

»Sí, Eduardo. Ciertamente debéis gratitud a esa mujer, pues es ella la que ha hecho lo que sois ahora, un hombre bastante fuera de lo común para lo que se estila, un hombre bien educado y del que no me avergüenzo que sea mi sobrino. Con su cariño, quizás también con su prudencia, os ha hecho desplegar gustos simples y moderados, pero muy elegantes. La exquisita comprensión de todo lo que conviene a su edad..., ¡no frunzáis el ceño!..., ha sido para vos, y por consiguiente para mí, la fuente de un ahorro del que me temo que no sois consciente. Obligada a renunciar al

baile, no siendo ya capaz de montar a caballo, todavía libre del vicio del juego, os ha alejado insensiblemente de los bailes, de los caballos, de los naipes, en una palabra de todos los placeres en los que no podía tomar parte. Y cualquiera que haya sido su motivo, ya sea por afecto o por cálculo, yo le estoy muy agradecido. Desde hace cinco años, no hago más que felicitarme de vuestro comportamiento. Vuestros seis mil francos de asignación os han sido suficientes, no he llegado a tener trato alguno con vuestros proveedores, y me habéis librado de representar ni una sola vez el ridículo papel de tío de sainete. En esto habéis actuado con mucha cordura. Por tanto, debéis amor a vuestra dama, y yo sería el primero en censurar vuestra ingratitud.

»Ciertamente, habéis contraído una deuda con ella. Pero, a vuestra edad —prosiguió monsieur de Pomenars con un inefable tono malicioso—, se saldan fácilmente esas deudas. ¡Las mujeres son prestamistas indulgentes para quienes pueden pagar al contado! Tengo demasiada buena opinión de vos para creer que hayáis faltado a ese compromiso sagrado. Sed franco, en precio de vuestra formación, de la que ella ha querido encargarse, vos la hacéis feliz desde hace cinco años, ¿no es cierto? Pues bien, me parece que el saldo de esa cuenta está bastante compensado, y que ambos os podéis dar un mutuo finiquito.

Eduardo asistía con una taciturna resignación a esta disección de sus afectos, y cada vez que el bisturí del irónico tío rozaba alguna fibra delicada, apretaba los dientes como un paciente que teme dejar ver con un gemido su propio dolor. El cínico de cabellos canos tomó el silencio de su sobrino por un principio de conversión, y continuó con su cirugía derramando sobre cada llaga, a manera de bálsamo, unas gotas de ese materialismo elegantemente inmisericorde con el que los alumnos del siglo dieciocho arruinan todas las creencias del corazón.

—Decís que receláis los engorros que conlleva una ruptura. Y ¿quién os habla de ruptura? Realmente no comprendo a los jóvenes de ahora. Ponéis en todas vuestras relaciones algo contundente y brutal. Es esa literatura romántica que tanto os gusta la que os desorienta. Necesitáis que haya melodrama en vuestros amores, pero en mi época nos contentábamos con la comedia. Era más divertido y de mejor gusto. Yo he amado a más de una mujer, pero no he roto con ninguna, y he conservado como amigas a todas las que alguna vez he adorado fervientemente. Así se debe conducir un hombre de mundo. No hay que romper, solo desatar, sin arrugar, sin irritar, sin reñir. Hay que modificar los términos de la intimidad, según las nuevas exigencias que va aportando la vida. Antaño hombres y mujeres entendían esto perfectamente. Mi matrimonio, por ejemplo, fue arreglado por una persona que tenía por mí un interés tan lleno de afecto como el que hoy os preocupa. Si madame de Flamareil os ama realmente, lejos de oponerse a vuestra boda, entenderá lo necesaria que es y será la primera en empujaros a aceptarla.

—El verdadero amor es siempre egoísta —exclamó Mornac, poco convencido de esas razones.

—¡Cómo! —replicó el tío con un tono de superioridad casi altanero—. ¡No te sientes con fuerza bastante para arrancar su consentimiento con una argumentación convincente! Si estuviera en tu lugar, desearía que fuera ella la que viniera a decirme que me casara, aunque con ello pareciera que me hacía violencia.

El sobrino negaba con la cabeza, sin contestar.

—¡Pues bien! —exclamó monsieur de Pomenars, cansado de sembrar en una tierra estéril la semilla de su experiencia—. Puesto que no sabéis lo que es la vida ni el uno ni la otra, por Dios santo, ¡romped de una vez!, y que todo esto acabe.

—Pero no tengo ningún pretexto —contestó Mornac con el tono desvalido de un hombre a punto de rendir su bandera.

El sexagenario se hundió en su asiento como para reír a sus anchas, y miró a su sobrino con una cara de asombro como si hubiera visto algún mamut antediluviano.

—Un pretexto, mi pobre Eduardo..., ¡ah!, ¿necesitas pretextos? Permíteme que me ría. La verdad es que, en mis tiempos, a los quince éramos menos ingenuos que vosotros a los veinticinco... Escucha, ¿vas a ir a verla, no es cierto? Pues si aparece con vestido blanco, ahí tienes el pretexto que necesitas. Si el vestido es azul, otro pretexto. Si está al piano, pretexto. Si está contenta, pretexto. Si está triste, pretexto. Si hay flores en la chimenea, pretexto. Si no las hay, pretexto. Hijo mío, todo se convierte en pretexto para quien lo necesita. Una cinta deslucida, un rizo despeinado, una mosca que revuela. Los duelistas que se buscan saben muy bien darse un codazo o un pisotón. ¡Un pretexto! ¿No has oído nunca la fábula del lobo y el cordero?

—Es odioso el papel de lobo —dijo Eduardo suspirando.

—¿Qué otras sandeces vas a soltarme? —exclamó monsieur de Pomenars, levantándose airado—. Bueno, pues haz el papel de cordero, que ya me encargaré yo de aprovechar tu lana. Escúchame bien: si esta noche no has roto con tu adorada, si no le das palabra de casamiento al comandante, te aseguro que no verás ni un franco de lo que deberías heredar de mí. ¡Ni uno!, aunque tenga que casarme yo mismo con la joven Passerot, y legarle todos mis bienes en el contrato nupcial. ¡Je, je!, no sería mala idea, ¿quién sabe?

Sin ulteriores aclaraciones sobre lo que andaba pensando, el tío salió del comedor con la cabeza bien alta y más tieso de lo normal.

—¡Viejo déspota! —se decía Eduardo al quedarse solo—. Si no temiera a tu futura descendencia... Pero hay que acabar, llevo demasiado tiempo con el cuchillo en la garganta: mi fortuna o mi amor, esa es la cuestión.

Mornac pasó buena parte de la mañana debatiendo los pros y los contra de la cuestión tan nítidamente formulada. Una vez más, entrevió

mentalmente la balanza en la que los débiles de carácter sopesan sus indecisiones. En uno de los platillos estaba la herencia de su tío y la dote de mademoiselle de Passerot, casi ochenta mil libras de renta entre las dos. En el otro colocó a la reina de su corazón, rodeada de los recuerdos y esperanzas de su amor, como una Ceres melancólica sentada en medio de los campos recién segados. Durante un buen rato el dinero y la pasión llevaban alternativamente las de ganar, como antaño pasaba entre los griegos y los troyanos, al compás de la mano del dueño del Olimpo. Al final, la victoria fue para el vil metal, y el platillo de Eudoxia, elevado tan alto como la estrella que ella escogió, ya no volvió a bajar.

Siempre hay en el brote de valor de un menguado algo brutal, incluso cruel, y sobre todo impetuoso. Una vez decidido a sacrificar el amor al interés, Mornac quiso llevar a los hechos su decisión, y así quemar sus barcos para hacer imposible una vuelta atrás. Entró donde su tío, le comunicó su sumisión, lo que desactivó la cólera del anciano, y salió para representar ante madame de Flamareil la escena final de un drama tanto tiempo dilatado.

VI

Tampoco les es fácil a los débiles de carácter ejecutar una decisión que les ha costado tomar. A pesar de sus intentos por inflamar la cabeza y congelar el corazón, Eduardo no se sentía con fuerzas para poner en práctica la ruptura echando mano de los maquiavélicos recursos enunciados con toda tranquilidad por monsieur de Pomenars. Prefirió en su lugar el sistema de provocación belicosa, burdo sistema propio de gente inexperta. Y falto de la destreza necesaria para desatar el nudo gordiano, se decidió por el método expeditivo de Alejandro.

Mientras recorría el trayecto entre su casa y los bulevares, intentó justificarse ante sí mismo. Trató de encontrar faltas en Eudoxia para poderse perdonar las propias. Trató de menospreciarla para así poderle dar con más facilidad el golpe final. Le hizo pagar la rendida adoración que le había prodigado él durante cinco años. Fue con ella injusto, cruel, sarcástico, implacable. Criticó una tras otras aquellas ilusiones que hasta entonces le eran sagradas como se deshoja una rosa cuando se ha agotado su perfume. Aquellas pequeñas manchas que nunca faltan en el amor ni en el sol, las buscó, las desplegó, las agrandó, las ennegreció, y con ellas hizo una máscara que aplicó sobre el semblante de su adorada, logrando que perdiera su aura y que se ruborizara por haber amado a esa máscara. Las creencias del corazón son como las cuentas de un rosario: en cuanto una se suelta, las restantes van detrás. Avergonzado al principio de sus ideas, se dejó después arrastrar por ellas a una profanación cada vez más osada. Los insultos que no hubiera tolerado de nadie, se los lanzó a su dama. En su furia blasfemadora, ninguna de las cualidades de madame de Flamareil le pareció valiosa, ni su inteligencia, ni su elegancia, ni su belleza aún lozana, ni el encanto de su conversación, ni la sinceridad de sus afectos. Le atribuyó defectos imaginarios, le inventó mentiras y, como último agravio, el más cruel de todos, ya no disimuló la verdad.

—Después de todo, ¡tiene cuarenta años!

Con esta confesión descorazonadora que se permitía por primera vez, formulando así un pensamiento al que hasta entonces había cerrado su mente, Mornac se sintió aliviado como una persona que, en medio de un sueño penoso, logra desactivar su pesadilla. Le pareció que su juventud, pues era claramente joven, reverdecía de pronto por la ascensión de una savia vigorizante demasiado tiempo retenida. La existencia metódica y monótona instaurada por el afecto prudente de Eudoxia le pareció un declive tan prematuro como humillante.

—No pudiendo ella rejuvenecer —se decía—, ha preferido envejecerme.

Se prometió que, al romper las cadenas de su servidumbre, se despojaría también de esa madurez artificial y ridícula. Viendo en el

bulevar a varios jóvenes que cabalgaban hacia el bosque montados en costosos caballos, se propuso eclipsarlos, y en su imaginación compró una berlina para su futura y un tílburi para su propio uso, mientras meditaba los medios de hacerse admitir en el Jockey Club. Un poco más adelante, habiéndose topado con una joven que le había enviado una invitación al baile que daba en su casa, la detuvo para pedirle que le concediera un vals, y al hacerlo volvía anticipadamente a esos placeres frívolos, propios de su edad, de los que se había visto privado despóticamente, en expresión de monsieur de Pomenars, por los hábitos de la mujer de cuarenta años.

Mornac llegó al bulevar de la Madeleine, donde vivía madame de Flamareil, con el impulso heroico del soldado que, antes del asalto, se ha puesto hasta arriba de aguardiente y de pólvora de cañón. Muy cerca de la casa donde iba a entrar, vio al joven Boisgontier que parecía un centinela de la fortaleza, paseándose de aquí para allá delante del edificio, y lanzando de vez en cuando una mirada ansiosa hacia las ventanas de la segunda planta. Al verlo, Eduardo sintió una satisfacción maligna.

—Mi tío no está en sus cabales —se dijo— si pretende que un vestido azul o blanco pueda llegar a ser pretexto para una ruptura. Pero tener un rival cuyas extravagancias comprometen a la mujer amada, un rival autorizado sin duda para comportarse así por alguna traición que desconozco, ¡esto sí que es un pretexto! ¡Sí, aquí tengo el pretexto que buscaba!

Mornac no se daba cuenta de que estaba pensando como el héroe fabuloso contra el que se había indignado un rato antes. Condenar a una mujer porque un enamorado de veinte años contemplaba poéticamente las cortinas de su habitación era una acción tan deleznable, por parte de un hombre de mundo, como la de un lobo hambriento que se lanza sobre un tierno corderillo que no le ha hecho nada. Canturreando burlonamente el aria de Cherubino en las *Bodas de Fígaro*, pasó por delante de su bisoño rival, le lanzó con la punta de los dedos uno de esos saludos que parecen abofetear a quien los recibe, y entró majestuosamente por la puerta principal, mientras el pobre Boisgontier, colorado hasta las orejas y asiendo su bastón con fuerza, se ponía tieso sobre la puntera de sus botas como se yergue sobre sus espolones un gallo joven humillado por el sultán del corral.

En la escalera, la pose altanera de Eduardo cambió de pronto al encontrarse con un hombre de unos cincuenta años, recto, seco, serio, vestido de negro, con una cinta roja en el ojal, y exhibiendo en los más pequeños detalles de su vestimenta y de su semblante esa impronta político-administrativa típica de los habituados a los salones ministeriales. Este caballero contestó al atento saludo del visitante con la debida cortesía y una sonrisa indefinible de amargura o de ironía.

—Madame de Flamareil está algo indispuesta —le dijo—, y creo que no recibe a nadie, aunque me parece que eso no va por vos.

El joven sostuvo con algún aprieto la mirada que acompañaba a esas palabras aparentemente inocuas.

—Vengo de parte de mi tío —se apresuró a contestar—. Ha recibido cartas muy favorables de Périgueux. Parece que vuestra elección es cosa hecha.

Esta noticia, que hacía las veces de las tortas con las que Eneas neutralizó las fauces de Cerbero, hizo que el marido se apartara y dejara paso franco.

—Espero que convenceréis a madame de Flamareil para que asista a la velada de mistress Lawington —continuó con una diplomática sonrisa—. ¿Estará también monsieur de Pomenars?

—Por supuesto, y estará encantado de veros y de hablar de vuestra elección.

Con estas palabras, ambos caballeros se separaron sin omitir ninguna de las formalidades de la hipócrita cortesía que, en la buena sociedad, tapa con su corteza los odios más enconados y los resentimientos más impenitentes.

—¡Jesuita tricolor! —dijo para sí Eduardo, terminando de subir la escalera—. Si tuvieras en las venas algo de la sangre del marido ofendido que castigó a ese gordo de Garnier, hace tiempo que me hubierais arrojado por la ventana. Y la verdad es que, en estos momentos, preferiría tener delante tu rostro apergaminado en cualquier claro del bosque de Boulogne a enfrentarme a la lacrimosa fisonomía que me espera ahí arriba. Está indispuesta, dicen: seguro que se trata de una de sus migrañas o de sus gastritis. Cuando no es lo uno, es lo otro. Veo que me va a someter a un detallado interrogatorio sobre lo que hice ayer, pero que tenga cuidado: en cuanto dispare una andanada de celos, contraataco con Boisgontier como munición y levanto la bandera revolucionaria.

La determinación de Mornac había alcanzado su apogeo cuando llamó a la puerta, pero en cuanto esta se abrió, empezó a desmoronarse. Mientras atravesaba el salón y la antecámara siguiendo al criado encargado de anunciarle, iba dejando jirones de su entereza en cada mueble, ya que le suscitaban recuerdos que nunca aparecen tan poderosos como en los momentos de crisis. Al abrirse la última puerta, se encontraba en la posición de un general que, al llegar frente al enemigo, ha perdido ya, por deserción o agotamiento, la mitad de su ejército.

La habitación en la que se le introdujo era una sala de estar decorada al gusto medieval, de moda en los últimos años. Las cortinas dejaban entrar la luz a medias, tamizándola con un tono rosa cuyos reflejos dulcificaban los muebles de Boule y el color gris oscuro dominante. Las flores habían sido desterradas, pues la sensibilidad nerviosa de Eudoxia no soportaba su aroma, y su ausencia subrayaba el carácter melancólico de la habitación, que exudaba a la vez recogimiento y serenidad. Sin querer se hablaba bajo y se andaba con paso quedo, como en una capilla. Todo empujaba a una

cierta meditación contemplativa y devota, cercana a lo místico. Transformar esta sala de estar en oratorio hubiera sido fácil: de hecho, quizá se hubiera empezado ya, pues se veía en un rincón un reclinatorio a la espera de oraciones.

Al lado de la chimenea, sobre un gran sillón de forma gótica, propio de una castellana en su castillo, madame de Flamareil se encontraba sentada con el codo apoyado sobre la rodilla, la frente sobre la mano, y un *Jocelyn* medio abierto que no leía. El ruido de la puerta le hizo girar lentamente la cabeza, y al oír anunciar a monsieur de Mornac, un ligero rubor apareció en su rostro, más pálido de lo normal a los ojos de su amante. Eduardo trasladó a sus propias facciones la crueldad que empezaba a mostrar su corazón, y se adelantó con la mirada sombría, las cejas fruncidas y el paso de un tigre que acecha a su presa.

—Monsieur de Flamareil acaba de decirme que estáis indispuesta —dijo con tono glacial.

A pesar del lánguido abandono de su mirada, Eudoxia había captado con toda claridad la actitud del joven. Con la rápida intuición de las mujeres con experiencia, supo interpretar los rasgos expresivos más fugaces de ese semblante que conocía tan bien. Antes de que Eduardo dejara de hablar, ya había comprendido la inminencia de un peligro imprevisto y desconocido, ciertamente aterrador. Sacudiendo como por encanto el triste sopor en el que le habían sumido los celos suscitados por la escena de la víspera, se puso, con la rapidez del rayo, en estado de zafarrancho de combate. En un segundo estuvo lista, mientras que Mornac había tardado días y noches en concebir su plan de batalla. Pensando que, al contrario de la homeopatía, el amor sana con los opuestos, se dotó de una amabilidad improvisada, capaz de embotar los dardos que le iba a dirigir la feroz acritud de su amante. Le alargó su mano, y acompañando este gesto de sus suspiros más dulces, le contestó:

—¿Enferma? Si estáis aquí, ya no lo estoy.

Eduardo tomó y soltó de inmediato, sin apretarla ni llevarla a sus labios, la mano que con tanta ternura se le había tendido.

—Monsieur de Boisgontier también está aquí —contestó sombríamente.

La dama abrió del todo sus bellos ojos azules y quedó un instante sumida en un pasmo forzado, pero lleno de gracia.

—¿Aquí? —dijo, secretamente feliz de los celos que parecían asomar en el rostro airado de su amante—. ¿Dónde aquí?

—Delante del portal —contestó—, donde os pone en evidencia a los ojos de todos los que pasan.

—¿Preferiríais entonces que estuviera aquí dentro? —preguntó Eudoxia con una suave e irónica sonrisa—. Mirad —dijo tomando de la chimenea una tarjeta de visita con el nombre completo y todos los títulos del conde León de Boisgontier—, ha venido antes y no he querido

recibirle. ¿De qué soy culpable? ¿Puedo acaso evitar que ese muchacho se pasee por el bulevar?

—Después de sus insistencias de anoche, seguro que esperabais su visita, y me extraña mucho que no lo hayáis recibido —replicó Mornac.

Viendo que su exhibición de celos no iba a servir de nada, Eduardo evocó con maquiavelismo lo ocurrido la víspera. Esperaba encontrar en el resentimiento de madame de Flamareil el pretexto de la riña que andaba buscando. Pero Eudoxia deseaba la paz a cualquier precio, pues la edad de los cuarenta es para las mujeres un periodo de desarme obligado, y por ello se cuidó de no dar pie a las hostilidades mediante recriminaciones inoportunas.

—Pensad más bien en vuestro tío —dijo con tono mimoso—. ¿Creéis que no le culpo tanto como vos de la gracieta que nos hizo? Ya os habréis dado cuenta de que, desde hace algún tiempo, no nos deja en paz, y no desperdicia ninguna oportunidad para separarnos. Pero nunca me ha parecido tan osado como ayer noche. Esa galantería anticuada con la que adorna todas sus maldades y la elocuencia muda de ese señorito que os pone tan celoso me impacientaron hasta tal punto que estaba segura de que no habría forma de evitar hoy una jaqueca. Y ahora que la jaqueca se ha presentado, ¡venís a recriminarme en vez de compadecerme! Eso no está bien, Eduardo. Vamos, cambiad esa cara, que no hemos hecho nada malo ni vos ni yo. Sentaos ahí, y sed amable. Si no queréis leerme un canto de *Jocelyn*, habladme con cariño y con dulzura. Me gustan vuestras palabras más que los versos de Lamartine. Realmente me duele la cabeza, y vuestra voz me alivia.

—Esto es cosa del diablo —pensó Mornac—. Hoy no se quiere enfadar.

Y luego, con tono ciertamente huraño, dijo en voz alta:

—¡*Jocelyn*, poesía de cura constitucional! Para eso, prefiero las homilías del abate Grégoire. Estoy de la sacristía sentimental hasta arriba. No puedo perder así mi juventud. ¡Me compraré caballos!

—¿O sea que vais a tener caballos? —replicó Eudoxia, que seguía los sobresaltos de su interlocutor con los nervios del pescador que teme que el pez rompa el sedal—. ¿Cómo serán? Bayos, espero; es un bonito color, elegante y serio. Quizá sepáis que monsieur de Flamareil quiere que cambie de carruaje. ¡Qué bien! Estaré perfectamente equipada y vos podréis acompañarme al bosque sin sonrojaros.

—Al bosque, por supuesto, y también al baile. ¿No soy yo vuestro acompañante establecido? —insistió el joven que, en vista del terreno que perdía a cada paso, sintió la necesidad de una carga decisiva y echó mano de una ironía próxima a la injuria—. ¿No vais a ir a la recepción de madame d'Alvimare? Acabo de encontrarme con ella y le he pedido un vals. Espero que me concedáis vos otro.

A pesar de sus esfuerzos por contenerse, madame de Flamareil sintió

que se formaba una lágrima en sus párpados. Bajó la cabeza para ocultarla, pero luego, quizá como desahogo de un corazón herido, o como cálculo profundo de un espíritu agotado que lo utiliza todo, incluso el sufrimiento, fijó en su amante sus ojos húmedos a los que la tristeza otorgaba una elocuencia indecible.

—Eduardo —le dijo quebrando la voz—, ¿qué te he hecho?

Mornac acababa de formularse esa misma pregunta, pues en las almas generosas por naturaleza el remordimiento acompaña al insulto. No encontrando respuesta, se sintió desolado, como si hubiera cometido un parricidio. La reacción, que lleva siempre a los caracteres irresolutos en la dirección opuesta a sus determinaciones, se produjo al instante y sin resistencia. Esa lágrima que vio brillar en los ojos de Eudoxia se convirtió en un mar que sumergió de pronto todos sus planes. Se olvidó de la herencia de su tío y de la dote de su futura. Solo veía aquella mujer que había amado durante cinco años, y que aún amaba y amaría siempre. La vio hermosa, la vio joven y, pensando en la herida con que había agredido a ese ángel, solo encontró una palabra para contestar:

—Perdóname.

Esa palabra la dijo de rodillas. Y madame de Flamareil perdonó, pues la clemencia acompaña siempre a la gracia y al encanto, y, a menudo, a la astucia.

VII

A las seis de la tarde, el comandante Garnier y monsieur de Pomenars esperaban en el salón de este último a Mornac, que no llegaba. El anciano hizo servir la cena a la hora establecida, pues no toleraba ningún atropello a su dignidad de tío. Se sirvió el primer plato, y el segundo, y los postres. Eduardo no apareció. En el momento en que monsieur de Pomenars se preparaba a levantarse de la mesa, furioso internamente por una conducta que no sabía cómo justificar ante su invitado, un criado le entregó una carta que abrió con brusquedad.

—Comandante —dijo tras leerla—, ¿no habrá en vuestro escuadrón de granaderos africanos una plaza para un descerebrado del que reniego y al que desheredaré? Si fuera de temperamento sanguíneo, juraría que quiere deshacerse de mí causándome un ataque de apoplejía. ¡Y han derruido la Bastilla! Mirad, leed lo que ese atolondrado me escribe.

Garnier tomó la carta que le alcanzaba el anciano con voz temblorosa por la ira, y leyó en voz alta estas líneas:

> «Querido tío,
>
> »En la vida hay destinos a los que deben someterse hasta los caracteres más decididos. Permitidme seguir el mío. Por muy enfadado que estéis hoy, me atrevo a esperar que, dentro de un tiempo, me perdonaréis que haya escuchado los consejos de mi corazón en lugar de los cálculos de una razón egoísta y gélida. Vuestra fortuna es algo vuestro, y podéis disponer de ella sin que el más mínimo reproche salga de mi boca. Pero vuestra amistad era algo mío, y os suplico que no me la retiréis. Deseo que, a cambio del sacrificio que me es imposible cumplir, podáis imponerme uno nuevo que me permita probaros mi respetuosa devoción y mi inalterable obediencia.»
>
> «EDUARDO»
>
> «*P.S.* Os ruego que presentéis mis excusas al comandante, quien, si quisiera recordar la ciudad de Lyon, quizá no dudaría en aceptarlas.»

—¿Qué decís de esto? —preguntó monsieur de Pomenars cuando su invitado hubo terminado la lectura de tan sentida misiva.

—Digo que es una boda deshecha —respondió Garnier con tono desenfadado—. Esto se ve todos los días.

—¿Qué os parece la desfachatez de este palabrero? *Vuestra fortuna es algo vuestro*... ¡Caray, ya lo verá! *Mi inalterable obediencia*... en el

momento mismo en que me desobedece. Y ¿qué quiere decir con lo de *la ciudad de Lyon*?

—Nada. Es una vieja historia de la que hablábamos anoche, que no tiene ninguna relación con lo de hoy. Por tanto, querido señor de Pomenars, veo que mi prima no tendrá el honor de ser vuestra sobrina.

—¿Y creéis que consentiría en resarcirme convirtiéndose en mi esposa?

El jefe de escuadrón miró con asombro al anciano, que de pronto se había puesto en pie como para mostrar las gracias de su persona a su interlocutor, de modo que pudiera apreciar las posibilidades de conmover el corazón de mademoiselle de Passerot.

—Mi tía tiene ideas muy particulares —respondió al cabo de un instante en que estuvo reprimiendo unas urgentes ganas de reír—. Ella tenía siete años menos que su marido, y desea que haya la misma diferencia de edad entre su hija y su futuro yerno. En este sentido, vuestro sobrino, que tiene exactamente veinticinco años, le parecía un esposo predestinado para Loida.

—Está bien, ¡diablos!, se casará con ella o yo perderé mi nombre —exclamó monsieur de Pomenars, llegando a dar un puñetazo sobre la mesa—. Son las cadenas de su Armida de cuarenta años las que lo mantienen atrapado, pero yo las romperé.

Dio varias vueltas por la habitación con paso rápido y, de pronto, iluminado por una idea repentina, añadió:

—Comandante, ¿sois un hombre?

—Siempre lo he creído —contestó Garnier riéndose.

—Quiero decir —continuó el anciano mirando a su invitado con ojo escrutador— un hombre capaz de acometer la conquista de una mujer todavía joven, amable, bonita, y de hacerlo en un plazo dado: tres o cuatro meses, a lo sumo.

—Mi asedio más largo duró siete meses —dijo Garnier dándose importancia—. Pero era una mujer especial.

—Esta es una mujer como las demás. No quiere que su amante la deje, pero eso no es una razón para que ella no lo deje a él.

—¿De qué se trata? —preguntó el oficial, cuya inteligencia no iba al mismo ritmo que el pensamiento del sexagenario.

—De hacer a ese estúpido de Eduardo el mayor de los favores, un favor que no os pediría si yo tuviese aún cincuenta años. En una palabra, de quitarle a su amante.

—¡Hecho! —exclamó Garnier presentándole atentamente la mano, que el anciano apenas tocó con la punta de los dedos, temeroso de verlos atrapados en lo que parecía una pinza de cangrejo.

—¡Bien! —prosiguió monsieur de Pomenars—. Esa determinación me devuelve a mi juventud. Yo era así a vuestra edad. Danton tenía razón: ¡hace falta audacia, siempre audacia!, sobre todo en lo relativo al amor. Había pensado en el joven Boisgontier, que quizá conozcáis, pero es

demasiado joven: se sonroja a cada palabra, se desconcierta a cada momento. Ayer intenté que se lanzara, pero veía que de puro tierno se iba a echar a llorar o a ponerse malo. Mientras que vos, comandante, debéis ser un lobo de mar.

—Un poco —dijo el jefe de escuadrón atusándose el pelo mientras se pavoneaba sacando pecho, doble gesto involuntario que se le escapaba cada vez que su vanidad de conquistador andaba en liza.

—Entonces, puedo contar con usted como si fuera yo —preguntó el tío de Mornac.

—Un poco más que sobre tu calavera, Adonis de cementerio —pensó el oficial dejando caer sobre el enclenque anciano una mirada de pena que pasó inadvertida—. He dicho: ¡hecho! —repitió en voz alta—, por tanto, dadlo por hecho.

—No sé —se dijo entre dientes monsieur de Pomenars—. La confianza está bien, pero un poco de modestia no estorbaría. Ni que su obesa prestancia de uniformado fuera suficiente para triunfar de golpe como César. Todos esos matarifes de boquilla que antes del combate atruenan con sus trompetas, suelen ser los primeros en dar la espalda. Ni que se tratara aquí de una actriz o de una modistilla.

Mientras el anciano, enfundado en su sillón, examinaba a su invitado con una mirada tan poco compasiva como la que acababa de recibir de él, Garnier, de pie ante la chimenea, estudiaba en el espejo el efecto de una cierta sonrisa con la que contaba, y levantaba sus bigotes de ambos lados para que se apreciaran mejor sus blancos y bien alineados dientes. Al mismo tiempo, su presuntuosa imaginación invadía ya la nueva provincia del reino de Cupido, cuya conquista daba por hecha.

Para entrar con tanta decisión y tan poca reflexión en el complot levantado por monsieur de Pomenars contra su sobrino, el jefe de escuadrón se veía empujado por un doble motivo, móvil de la mayoría de las acciones humanas, enunciado sin piedad por el poeta en este verso:

Primero el bien para sí, luego el mal para los demás.

Por un lado, gracias al rencor que sentía hacia Eduardo por la conversación de la víspera, se encontraba liberado de la delicadeza que normalmente impone una confidencia, y se alegraba de poderle dar una lección. Por otro lado, el proyecto del desleal anciano cuadraba de maravilla con el plan hedonista que se había preparado antes de volver a Francia. Para olvidar a los beduinos, Garnier, como ya hemos dicho, se había propuesto atrapar a una duquesa o, como poco, a una marquesa, pues a su mentalidad burguesa le importaba más el escudo de armas de una mujer que su aspecto. En el momento de pasar a los hechos, su fantasía aristocrática se despertó con toda energía y la preocupación vanidosa que le inspiraba se dejaba ver a su pesar.

—Espero que sea una dama con título —dijo a su anfitrión, parodiando

sin querer la susceptibilidad de Alejandro, que no bajaba a la arena sino para luchar con reyes.

—¿Con título? —replicó el anciano con un toque burlón—. ¡Caramba! ¿Necesitáis mujeres con título?

—Pues, sí. Es lo que yo quiero —respondió el oficial con decisión—. Me habéis hablado de tres o cuatro meses, y no voy a perder el tiempo con una modista. Cuando se ha conocido a mujeres distinguidas...

—Tranquilo, mi querido comandante. Respeto demasiado vuestros escrúpulos aristocráticos como para envileceros con mi propuesta. La mujer de que os hablo no lleva título, pero os aseguro que su conquista os hará objeto de envidia y os aportará más gloria que todo vuestro historial cuartelero.

—¿Por qué todos me echan en cara mis conquistas cuarteleras? —dijo para sí el comandante con mal humor—. Ni que este viejo verde y el pesado de su sobrino se hubieran puesto de acuerdo. ¡Caray!, si la discreción no fuera la primera virtud de un hombre galante, podría mencionarles algunas aventuras mías que les asombrarían. ¡Cuarteleras! La verdad es que esta gente de París que no ha visto más allá de la cúpula de los Inválidos da pena, ¡palabra de honor!

—Os veo muy abstraído —dijo monsieur de Pomenars, ante el silencio de su invitado—. ¿Os lo estáis pensando?

—No, de ningún modo. Solo me gustaría probaros que lo cuartelero no es tan mala escuela de cortejo. Por tanto, decidido: tenga título o no, puesto que me aseguráis que es una mujer bonita, estoy listo. E incluso —continuó el oficial con cierta frivolidad— no me importa que sea de clase media. Será una novedad.

—No os he dicho que fuera de clase media —dijo el anciano riéndose por dentro del engreimiento de su interlocutor—. Su marido es un hombre muy respetable, aunque no tenga título.

—Bien, no pido más. Me da igual que sea princesa o pastora. Lo que trato es demostraros que mis conquistas cuarteleras... bueno, basta. ¿Cuándo tengo que entrar en acción?

—Hoy mismo, si os viene bien.

—¡Estupendo! Pero, ¿cómo?

—La Armida en cuestión —continuó el anciano— asistirá esta noche al baile de mistress Lawington, una inglesa que conozco y a quien os puedo presentar sin más preámbulo. Id a vestiros. A las nueve y media mi carruaje estará en vuestra puerta.

Dos horas después, el salón de mistress Lawington, en el que ya estaban madame de Flamareil y su marido, y también Eduardo de Mornac, vio como hacían su entrada los dos conjurados, monsieur de Pomenars, con ojillos vivarachos y la barbilla semienterrada en su corbata de otros tiempos, y el comandante Garnier, derecho, tieso, bien plantando, como si estuviera listo para cargar a la cabeza de su escuadrón contra los árabes de

Abd-el-Kader.

VIII

En medio de la concurrencia anglo-parisina que llenaba el apartamento de mistress Lawington, una de las primeras personas con las que se encontraron monsieur de Pomenars y su acompañante fue Eduardo de Mornac, quien, preso de un pánico repentino, intentó una retirada que frustraron la chimenea contra la que se apoyaba, una mesa de juego a su derecha y un grupo de mujeres a su izquierda. Viéndose como un lobo atrapado en una trampa, esperó con la cabeza gacha a su tío que se dirigía directo hacia él. Sus primeras palabras le tranquilizaron, y a la vez le sorprendieron por su inesperada inocuidad.

—¿Te vas a comportar toda la vida como un niño? —le espetó el tío con indulgente ironía—. ¿Qué significan esos ridículos novillos que has hecho hoy?

—Tío...

—¿No quieres casarte? Muy bien, ya está, no hablemos más. Sabes que tu decisión contraría mis deseos, pero te mantienes en ella. Sea: ya conoces que eso entraña riesgos y peligros, a tu costa. Pero eso no era razón para dejarnos sin tu compañía y para retrasar media hora nuestra cena...

—Creedme que lo lamento... Comandante, espero que no me lo tenga en cuenta —contestó Eduardo, ofreciendo su mano a Garnier que la estrechó con doblez, tras cambiar una mirada de complicidad con monsieur de Pomenars.

—En tu carta dejas caer frases sublimes sobre tu obediencia —continuó el tío—: a ver si son ciertas. Sabes que esta misma noche hay una velada en casa de madame de Marsenay, y que si faltamos ambos, no nos lo perdonaría. Hace falta que te sacrifiques porque yo no quiero ir. Acabo de ver aquí a d'Anteil, a madame de Boisgne, en una palabra, a todos con los que suelo jugar al whist, y no puedo resistir la tentación. Por tanto, señor cabezota, tomad mi carruaje, que os espera abajo, y tratad de ser amable por los dos.

—Por supuesto, voy ahora mismo —exclamó Mornac, quien, encantado de una penitencia tan leve, hubiera ido hasta San Petersburgo.

En ese momento, el semblante serio y lívido de una cuarta persona apareció por encima del hombro de Garnier, dirigiendo a monsieur de Pomenars una de esas sonrisas serviles con las que se reconoce, junto a la flexibilidad en la columna vertebral, a la raza de los pedigüeños. Esta intromisión, que ponía en peligro la armonía de su peinado, provocó que el jefe de escuadrón se volviera con rapidez, encontrándose cara a cara con monsieur de Flamareil. Los dos hombres se miraron un instante, fascinados. Los sentimientos del marido de Eudoxia solo se dejaron ver en una ligera contracción de labios y en un incremento de la palidez de su

cara. Menos dueño de sus reacciones, el oficial de granaderos se echó atrás de un modo tan brusco que el culatazo afectó en cadena a más de un invitado en el atestado salón.

—¿Qué os pasa, comandante? —preguntó Mornac, primera víctima del sobresalto.

Garnier, sin contestar, le tomó del brazo y le llevó al vano de una ventana.

—¿Sabéis quién es ese señor que habla con vuestro tío? —le dijo con voz alterada.

—Es monsieur de Flamareil —contestó Eduardo, afectando indiferencia—, jefe de división en el ministerio de Finanzas. Aspira a ser diputado, y mi tío le apoya ante sus electores de Périgueux. Es una persona importante.

—¿Es... viu... do? —replicó el comandante, articulando cada sílaba como si se ahogara al pronunciarla.

—¡Viudo! ¿Y por qué queréis que sea viudo? —exclamó el joven con cierto desconcierto.

—¿Se ha vuelto a casar?

—Solo se ha casado una vez en su vida.

—O sea, que... madame de Flamareil... ¡no está muerta! —balbuceó el oficial apoyándose contra la pared.

En su papel de amante suspicaz, Mornac creía que Garnier, informado por monsieur de Pomenars, llevaba la conversación sobre ese delicado tema con intenciones sarcásticas que no tenía ganas de soportar.

—Lamento tener que dejaros —contesto secamente—, pero ya sabéis que tengo que ir a casa de madame de Marsenay. Por cierto, ¿habéis dirigido vuestra plegaria de esta noche a la estrella de Elisa?

Tras esta sutil venganza, el joven se dio la vuelta y desapareció entre los asistentes, dejando a su interlocutor inmóvil en el vano de la ventana, como un santo en su hornacina. No salió de su estado de petrificación hasta que no fue ásperamente interpelado por monsieur de Pomenars.

—¡Pero bueno! ¿Qué hacéis ahí, entre esas cortinas? Llevo un cuarto de hora buscándoos. ¿Se ha ido ya Eduardo?

—Se ha ido —dijo distraídamente Garnier.

—Bien. Ahora que nos hemos librado de él, vayamos al meollo de la cuestión. La dama de sus sueños, y de los vuestros dentro de poco, está en el otro salón. Da una velada el jueves y voy a conseguir que os invite. Aunque me detesta cordialmente porque hago de tío alocado, estoy convencido de que deseará complacerme. Vamos, venid.

—Sí, vayamos —contestó decidido el comandante—. Necesito alejarme de mis recuerdos.

—¡Recuerdos! —dijo monsieur de Pomenars—. Esos están bien para un vejestorio como yo. Pero a vuestra edad tenéis que mirar hacia adelante, nunca hacia atrás. Ya estamos —continuó al llegar al otro

salón—, allí podéis ver, al lado del piano, el extravagante gorro de mistress Lawington, que habéis saludado hace un rato. ¿Veis ahora a esa señora que está a su derecha, con vestido negro y turbante? Mirad, ahora se da la vuelta... ¡Ay, me rompéis el brazo! ¡Un poco más de cuidado!

El anciano sacó como pudo el codo de la pinza con que lo estrujaba convulsivamente la mano del oficial, mientras le miraba con asombro.

—¿Por qué os empeñáis en demostrarme que tenéis un puño de acero? —le dijo—. Yo no puedo decir lo mismo de mis huesos. ¡Qué furor tan súbito! ¡Esto es lo que se llama inflamarse a la primera! ¿Es de Argel de donde habéis traído ese temperamento africano?

—¿Decís que esa es... la mujer... a la que ama vuestro sobrino? —preguntó Garnier con voz entrecortada, pasándose la mano por la frente para deshacerse de un sudor repentino.

—La misma —respondió monsieur de Pomenars, que seguía frotándose el codo—. Moderad vuestros arrebatos y esperadme aquí. Voy a negociar vuestra presentación.

El anciano dio un paso adelante, pero no pudo seguir al verse retenido por la enérgica mano del jefe de escuadrón.

—Voy a presentarme yo mismo —dijo este último, con la cara ardiente como un cometa.

Atravesó el salón con una determinación que, a no ser por la alfombra, habría hecho retumbar todo el entarimado. Madame de Flamareil, que hojeaba con indiferencia una partitura abierta sobre el piano, no lo vio venir. Antes de reconocer al hombre que se inclinaba hacia ella como para saludarla, recibió a bocajarro estas palabras que un lobo, en los tiempos en que los lobos hablaban, no hubiera pronunciado de una manera menos carnívora:

—¡*Si no muero, me volveré loca*! Me alegro de ver que no estáis loca, ni muerta.

Eudoxia se estremeció, se dio la vuelta, y medio se derrumbó sobre el piano, como golpeada por algún objeto invisible. Los dedos, agarrándose a las teclas, tocaron un acorde de armonía salvaje que, afortunadamente, se perdió en la barahúnda de la fiesta.

—Elisa, ¿no me esperabais? —continuó Garnier con el tono de Otelo cuando decía: «Desdémona, ¿habéis rezado esta noche?».

Un salón es para una mujer de mundo lo que para un hombre es el terreno de un duelo: allí se vence o se muere. Enfrentada a una aparición más espantosa que la de un muerto viviente, madame de Flamareil enderezó sus rodillas renqueantes, dominó la emoción de su pecho y luego, echando una rápida mirada a su alrededor, impuso a sus rasgos faciales, con una fuerza de voluntad casi sobrenatural, un semblante tranquilo y gracioso como los que habitualmente merecen los cumplidos de los hombres que suelen acompañarla.

—Monsieur de Flamareil está aquí —dijo en voz baja pero perceptible.

—¿Es él a quien teméis, o a monsieur de Mornac? —repuso el oficial, fijando en los ojos de ella una mirada furibunda.

Eudoxia sintió que un rubor ardiente se extendía por su pálido semblante, y se inclinó como para mirar su pulsera que fingió tener que cerrar. Un instante después, cuando levantó la cabeza, su rostro estaba de nuevo en calma, y sus ojos y sus labios sonreían.

—Teódulo —le dijo con una voz penetrante—, antes erais un hombre de honor.

Ambos amantes se contemplaron brevemente en silencio, estudiando con atención los cambios que se habían producido en ellos tras diez años de separación. A pesar de lo que se dice sobre la precocidad en el declive de las mujeres, madame de Flamareil salió victoriosa del examen y le pareció al comandante tan hermosa como cuando para él ella era solo Elisa.

Algo cierto, aunque se ha notado poco hasta ahora, es que los temperamentos afectuosos y los organismos sensibles suelen encontrar fuerzas inesperadas para soportar las adversidades a las que se ven expuestos. Se diría que el amor, a pesar de la venda pueril que le ha encasquetado la mitología, reconoce a sus amigos y los protege, pese a torturarlos. Los sufrimientos del corazón afean sobre todo a las naturalezas inexpertas. No hay nada más ridículo o repugnante que un hombre obeso y apático cuyos párpados hinchados y pupilas llorosas delatan la cruel visita del astuto dios.

Las mujeres, por el contrario, es decir las mujeres sentimentales, viven entre las penas del amor como en una atmósfera natural, benigna y, hasta podría decirse, necesaria. Se conservan en su melancolía como esos frutos lozanos que adquieren un nuevo sabor en el alcohol, en vez de echarse a perder. Saben llorar a mares, sin enrojecer los ojos, y la lágrima que asoma en sus párpados parece una perla más de su atavío. Su misma palidez, fruto del insomnio, parece coquetería, sobre todo desde que el estar pálido se ha puesto de moda. Sin embargo, esas mujeres son realmente muy desgraciadas: lograd su confianza y escucharéis narraciones tremendamente dolorosas, mucho más de lo que habríais sospechado. Tienen el alma en carne viva pero la cara sin una arruga, el corazón amortajado pero el semblante lleno de vida. Los pintores han comprendido bien lo que tratamos de expresar: con excepción de Murillo, todos los que han pintado a la Magdalena la han retratado muy atractiva a pesar de su inmenso arrepentimiento.

Madame de Flamareil había permanecido hermosa a pesar de los pesares de su corazón, y el tiempo se había mostrado con ella tan indulgente como el amor. Además, todo lo que el gusto innato o el saber adquirido pueden aconsejar en cuanto a precauciones para la conservación o artificios para la reparación, ella lo había llevado a la práctica logrando que apenas fueran perceptibles los diez años pasados. Normalmente, las

mujeres se compran un diamante con cada nueva arruga y sustituyen con una flor cada cabello que cae. Eudoxia no había esperado los consejos mortificantes de la edad que declina: había adoptado el lujo como fantasía antes de que se le impusiera como necesidad. Cuando se la veía en las grandes ocasiones, cubierta de pedrerías, solía pensarse que no las necesitaba, que una simple corona de margaritas hubiera bastado a su coquetería. Un raro privilegio hacía que su belleza, noble y dulce a la vez, le permitiera tanto la magnificencia como la simplicidad, y ese día tocaba la magnificencia.

Frente a esa espléndida infiel, el jefe de escuadrón quedó, a pesar de su enfado, deslumbrado sin querer. Por el contrario, la impresión que él le hizo a ella fue harto diferente. Al ver el rostro furibundo y el aspecto gordinflón, que sustituían al talle airoso y apuesto del antiguo teniente del séptimo de granaderos, ella se preguntó qué indigna debilidad de su corazón le había impulsado a querer a semejante espantajo. El resultado de esta comparación mutua fue inmediato. Sintiéndose próximo a enamorarse de nuevo, Garnier se puso aún más furioso, contra él mismo en buena parte, mientras que la mujer de cuarenta años disimuló con un refuerzo de conciliadora dulzura la profunda antipatía que le inspiraba ahora su antiguo adorador.

—¡Mi honor! —repitió el jefe de escuadrón con amaga ironía—. En el pasado me recordabais el vuestro.

—Si he perdido ese derecho, no sois vos quien puede reprochármelo —contestó Eudoxia aludiendo con astucia a los pormenores de su antigua pasión.

Pero un amante no se deja fácilmente reconducir al camino que abrió una vez, cuando sabe que otro ha ocupado su lugar.

—¡Oh!, recuerdo muy bien que sois muy aguda —replicó el obeso comandante con brusquedad—. Si empezamos a pelear, terminaréis demostrándome que dos y dos son seis. Permitidme volver al asunto. No estamos hablando de Lyon sino de París. Hace cuatro años que no vengo a esta ciudad y no me esperaba el placer de volveros a encontrar. Reconoced que es un reencuentro muy curioso, ¿no os lo parece?

—¿Queréis perderme? —suplicó madame de Flamareil—. Si alguna vez me habéis amado, no me habléis más. Nos volveremos a ver, y os lo explicaré todo. Pero, por favor, dejadme ahora. Ya nos están mirando.

Garnier quedó perplejo. Esa voz, antaño tan poderosa para él, volvía a suscitar con cada palabra un embrujo dormido desde hacía mucho tiempo. Pero pronto se arrepintió de su debilidad, y contestó con toda la agresividad de un amante traicionado:

—¿Por qué no empezar la explicación ahora mismo? Y para empezar os ruego que me digáis por qué le habéis asignado a ese seductor monsieur de Mornac una estrella tan alejada de la mía. Lo normal es mantener cerca a los amigos, pero vos nos habéis alojado a uno en la Madeleine y al otro

en los Inválidos. ¿Acaso teméis que haya un duelo en el cielo? Tranquilizaos, mi estrella y yo somos pacíficos: ya no entro en desafíos por una mujer. ¿Y Lamartine? ¿Os sigue gustando Lamartine? ¿También me ha sustituido monsieur de Mornac en mi oficio de lector como en todo lo demás?

El comandante hubiera podido continuar más tiempo sin verse interrumpido. Abrumada por esa brutal perorata, no encontrando nada prudente que decir, no atreviéndose a mirar a su alrededor por temor a encontrar miradas maliciosas, con ganas de huir pero clavada en el sitio por miedo a un estallido, madame de Flamareil permaneció frente a su implacable interrogador, con los dientes apretados, los labios semiabiertos por una sonrisa en la que se había refugiado todo su valor, los brazos cruzados sobre el pecho, como si necesitara sostener el corazón mediante un angustioso abrazo, e implorando por dentro la venida de un ángel salvador que se apiadara de ella.

Y el salvador llegó. No fue un ángel, sino su marido. No vino por compasión hacia su mujer, sino por temor a quedar él mismo en ridículo. Monsieur de Flamareil, que había presenciado en los últimos momentos la tortura a la se sometía a su mujer, comprendió que había que darle fin. Atravesó con toda calma el salón, saludó con cortesía heroica al comandante y, ofreciendo el brazo a Eudoxia, le dijo con toda naturalidad:

—Vuestro coche está abajo, ¿nos vamos?

Madame de Flamareil no dijo nada, pero se colgó del brazo de su marido con la convulsa energía del desgraciado que se ahoga. Al ver que su presa se escapaba, Garnier se inclinó hacia ella y como despedida le dijo:

—¿Os ha informado monsieur de Mornac que va a casarse con mi prima?

Este último golpe, tan fulminante como inesperado, sumió a Eudoxia en un mareo que la hubiera hecho caer de no estar apoyada en su esposo. Solo se empezó a recuperar cuando el aire fresco de la noche penetró por la ventanilla del carruaje que la llevaba a casa.

IX

En el salón de mistress Lawington solo una persona había seguido con curiosidad los detalles de esta escena: monsieur de Pomenars. A pesar de su espíritu penetrante y de su experiencia del mundo, este buen señor no alcanzó a comprender la conducta del comandante, por lo excesiva e inaudita.

—Pero, ¿qué modales tan beduinos son esos de presentarse a sí mismo a una mujer que nunca ha visto? —se dijo profundamente estupefacto—. Primero me rompe a mí el brazo por la mitad y ahora le pone a ella unos ojos tan fieros que le hacen perder la compostura. Ni que fuera a arrastrarla a su guarida para devorarla. ¿Qué diablos le ha podido decir?

No sabiendo resolver por sí mismo este asunto, el anciano tío se apresuró a ir junto a Garnier en cuanto le vio solo:

—¡Albricias, comandante! —le dijo con cara de asombro—. ¿Es así como os imponéis a los árabes?

—¡Ojalá estuviera tratando con un árabe! —replicó el oficial cerrando el puño con energía, como si estuviera empuñando un sable.

—Confieso no entender nada —dijo monsieur de Pomenars, abriendo los ojos como platos.

Por toda respuesta el comandante estiró el brazo, tomó de la bandeja que paseaba un criado un vaso de algo, y se lo bebió de un trago. Con ello liberó de su garganta un nudo, causado por la ira, dejándole en disposición de hacer al asombrado tío una confidencia completa. Pero ¿cómo vengarse de Eudoxia sin hablar de Elisa, y sin aceptar, por tanto, el papel de amante desairado?

Garnier estuvo dudando un momento entre el temor de hacer el ridículo y la necesidad de desahogar su furia, una de las más violentas que hubiera sentido. No perdonaba a madame de Flamareil no haber muerto después de haberse visto forzada a separarse de él, tal como se había comprometido. Desde hacía diez años, este fallecimiento imaginado constituía su pesar, su remordimiento, su delito y, como solía decir, su carcoma. Y sin atreverse a confesárselo a sí mismo, su corazón se deleitaba en el vanidoso placer de verse carcomido. Esta mujer, muerta por amor a él, le provocaba una especie de veneración hacia sí mismo. Cada vez que se enternecía con el recuerdo de su querida difunta, la mirada que dedicaba luego a la vivas tenía algo de superioridad exterminadora. Renunciar a ese sepulcro que acabó sirviendo de pedestal a su vanidad, renunciar a ese luto en el que se instalaba desde hacía diez años su melancolía, constituía un desencanto difícil de aceptar. El primer sentimiento surgido de su indignación fue una necesidad de venganza, neutralizada por una súbita aversión hacia Mornac al descubrir que era su sucesor.

—A ella es a quien hay que golpear primero —se dijo—. Ya le llegará el turno a ese engreído. Mientras tanto, se casará con mi prima, y quiero que esa mujer sin corazón muera de despecho, ya que no es capaz de morir de amor.

Garnier decidió, pues, guardar su secreto para él mismo. Pero esa postura, dictada ante todo por su vanidad, la disfrazó, como suele hacerse, con un motivo más generoso.

—Ha apelado a mi honor y, por tanto, me callaré. Pero mi venganza, no por ser noble, dejará de ser menos implacable.

—¿No os importa decirme el título del proverbio que habéis representado? —insistió monsieur de Pomenars viendo al jefe de escuadrón perdido en sus reflexiones.

—¡*Quien ríe el último, ríe mejor*! —contestó el oficial, con un sonrisa que valía por un rechinar de dientes.

—Creo que la edad me ha quitado la inteligencia o la memoria —replicó el astuto tío—. Por mucho que rebusco en mis recuerdos, no encuentro nada que se parezca a vuestro estilo oriental de empezar una aventura. Perdonadme la curiosidad, pero siempre he deseado instruirme, y aunque ya no esté en edad de sacar partido de vuestras lecciones, las recibiría agradecido. ¿Qué diantre le habéis dicho para provocar un efecto semejante? Al salir, se tambaleaba. He notado que claramente tenía que apoyarse en el brazo de su marido, pues casi le habéis hecho perder el sentido.

—Bueno, si he logrado impresionarla, ¿no es un buen augurio para lograr nuestro proyecto? —contestó Garnier tratando de disimular, sin estar muy habituado a ello.

—¡Por supuesto! ¿De modo que nuestra conjura sigue en marcha?

—¡Sigue en marcha!, y si hace falta, firmaría con sangre el juramento.

—Entonces, decidme...

—No puedo daros ninguna explicación. Pero creedme: la boda de vuestro sobrino tendrá lugar, aunque se oponga el diablo en persona. Yo me encargo.

El tío se sintió cautivado a su pesar por la solemnidad de esta declaración.

—La verdad —pensó— es que las mujeres tienen a veces extraños caprichos. Es posible que este Hércules africano lo consiga con su vozarrón, sus bigotes de cosaco y sus hombros de alabardero. Pero ciertamente albergaba una mejor opinión de ella.

Monsieur de Pomenars tenía una cierta debilidad por los hombres de escasa talla. Los altos le inspiraban una repulsión cuya causa pudiera estar en una cierta envidia inconfesada. Le parecía que el enorme jefe de escuadrón era uno de esos gigantes deformes que son el terror de los cuentos de hadas, y para admitir que un ogro semejante pudiera agradar, el filosófico anciano se veía obligado a invocar la ironía irreverente que

Ariosto se permitió con el personaje de Jocondo.

—Aunque Eduardo sea alto —decía para sí— tiene un aspecto más seductor que ese Goliat. Pero todas las mujeres se asemejan a esa cría que se quejaba a su niñera de tener que tomar otra vez el sol. Si el sol a veces harta, ¿qué amante puede presumir de gustar siempre? La verdad, si aún tuviera cuarenta años, ya me encargaría yo mismo de encontrar ese momento propicio en que el aburrimiento habla más alto que el amor y aconseja la inconstancia. Pero a mi edad solo me resta el papel de espectador. Tengo que dejar el campo libre a ese grueso león del Atlas.

Ocho días después, monsieur de Pomenars, que había decidido esperar el efecto de las promesas de Garnier, le vio llegar con cara larga y orejas gachas.

—Esta mujer va a ser nuestra desgracia —dijo sin más preámbulo el jefe de escuadrón—. Se ha enterado, no sé cómo, de que el matrimonio entre vuestro sobrino y mi prima estaba a punto de concertarse, y ¿sabéis lo que ha hecho? Ha encontrado el modo de conocer a mi tía en casa de madame de Lordes, que vos creéis tener de vuestra parte, pero cuya conducta a mí me parece muy turbia, cercana a la defección. Allí se ha trabado una conexión que en una semana se ha convertido en amistad, en intimidad, en pasión. Mi tía se deja llevar como una niña cuando le halagan su amor propio. El caso es que ahora solo habla de madame de Flamareil, solo ve por sus ojos y solo oye por sus oídos.

—¡En una palabra, que madame de Flamareil ha logrado destronar a Eduardo en la mente de madame de Passerot! —exclamó el viejo tío desde el fondo de su butaca.

—¡En absoluto! ¡Oh, no la conocéis todavía! No ha dicho una palabra de Mornac, pero se ha interesado tanto por Loida, que trata de casarla con un primo suyo surgido de la nada para la ocasión, un tal monsieur d'Alignier, joven, encantador, millonario y más noble que el rey; en una palabra, un dios que ha cautivado a mi tía sin haberlo visto, y que nos va a caer encima mañana por la mañana, traído por la diligencia de Marsella.

—¡Qué buena treta! —dijo monsieur de Pomenars—. Esta mujer tiene dotes de diplomática. Y vos, ¿qué habéis hecho? Porque tras vuestro asombroso estreno el otro día, no creo que os hayáis quedado de brazos cruzados ante semejante maniobra.

—¿Yo? —exclamó Garnier con voz de trueno—. Acabo de llegar del Havre, a donde me ha conducido la noticia de la muerte de mi tío, pero me lo encuentro almorzando docena tras docena de ostras. Solo ese demonio en enaguas me ha podido engañar de ese modo, enviándome a esa gira de placer para librarse de mí. La ilusión de heredar me ha impedido darme cuenta de que la carta con la noticia no estaba franqueada. Al llegar esta mañana, me he enterado de la revolución iniciada durante mi ausencia, y a punto de consumarse si no montamos rápido a caballo.

Monsieur de Pomenars saltó de su sillón sin contener una risita burlona.

—¡Je, je! Vosotros, los jóvenes —dijo—, habéis encontrado la horma de vuestro zapato. El otro día es Eduardo el que sale de aquí con la determinación de un espartano, y termina volviendo sin su escudo. Hoy os toca a vos dar un paseo en diligencia. ¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! Esto os servirá, comandante, para no creer tan pronto en el fallecimiento de los parientes. Bien, vamos. Puesto que los soldados en activo bajan las armas, ya solo hay esperanza en los inválidos.

El anciano caballero llamó.

—Lapierre —dijo al ayuda de cámara—, haced enganchar los caballos a mi carruaje y venid a vestirme.

Una hora después, monsieur de Pomenars, más despierto, más tieso y más galante que nunca, se hizo anunciar en casa de madame de Flamareil.

X

La mujer de cuarenta años estaba en su salón. Al ver al hombre que más detestaba después de Garnier, se levantó con gentil presteza y ella misma le ofreció una butaca. El anciano caballero, que sabía por experiencia que incluso en diplomacia la línea recta es la más corta y la más segura, se sentó y abordó de inmediato el asunto, como una batería servida por artilleros competentes, que abre fuego en cuanto está situada en línea.

—Señora —dijo con una mezcla de respetuosa galantería, de conciliadora firmeza y de paternal confianza—, vengo a tratar con vos una negociación tan delicada que la consideraría imposible si tuviera que hacerla con una mujer de temperamento e inteligencia comunes. Pero a vos, señora, puedo deciros todo, y la libertad que me voy a tomar no es tanto un privilegio de mi edad como un homenaje a vuestros merecimientos. Además ya sabéis —continuó llevando la mano a su peinado cuidadosamente empolvado, una de sus coqueterías de sexagenario— que los cabellos blancos de un anciano gozan de un privilegio semejante a la vestimenta de un confesor.

—Es todo un preámbulo que huele a Pascua florida —observó madame de Flamareil con una sonrisa ambigua—. ¿De qué confesión se trata: de la mía o de la vuestra?

—Primero de la mía, y os ruego la oigáis con la indulgencia que yo os otorgaría, en el improbable caso de que la necesitarais.

—Os escucho —contestó Eudoxia, enderezándose sobre su asiento con la dignidad glacial de una reina obligada a escuchar las amonestaciones de un antiguo consejero abnegado y senil.

—Ya sabéis, señora —empezó el vetusto tío con una naturalidad imperturbable—, que deseo casar a mi sobrino Eduardo de Mornac. Vengo a solicitaros vuestro consentimiento a ese matrimonio.

—¡Mi consentimiento! —exclamó madame de Flamareil, cuyos ojos normalmente plácidos, brillaron repentinamente—. No comprendo esta alusión, caballero. ¿Soy acaso la madre de monsieur de Mornac?

—Si así fuera, señora, Eduardo no os guardaría un afecto más profundo que el que ahora os profesa. Por favor, no me interrumpáis. Solo hablo de los sentimientos de mi sobrino. Los vuestros son un secreto sagrado para mí y sobre los que no me permitiría la menor conjetura. Es a la mujer por la que Eduardo daría con toda seguridad su vida a la que vengo a pedir, a cambio de esa dedicación sin límites, una prueba de auténtica benevolencia.

»Comprenderéis, espero, que es necesario que Eduardo se case. Es el último vástago de su familia y mi heredero más cercano. Para él es, por tanto, una necesidad de posición social. No obstante, rehúsa, y yo, por mi

parte, valoro demasiado las razones de su negativa para recriminárselas. Solo vos, señora, podéis obtener de él el sacrificio que exige la conveniencia de su futuro. Al reclamar esta generosa intervención, al poner mis deseos bajo la protección de los más nobles impulsos de vuestro corazón, ¿he abusado de vuestra gentileza?

—Consideraría esta extraña proposición, viniendo de otra persona, como una afrenta. Viniendo de vos, caballero, solo puedo ver un malentendido. De ningún modo ostento el derecho de ofrecer mis consejos a monsieur de Mornac. Permitidme que no abuse durante más tiempo de la bondad que prodigáis al formularme los vuestros.

Con estas palabras, dichas con toda calma, Eudoxia se puso de pie dando a entender el final de una visita molesta y ya sin objeto. Pero el sexagenario no era persona que se dejara despedir tan fácilmente. Permaneció sentado en su asiento y, sin verse apurado lo más mínimo, prosiguió:

—Me he dirigido a vuestro corazón, y es vuestro corazón el que ha contestado. Debería haber previsto esa respuesta. Ahora hablemos con la cabeza. Si Eduardo no se casa hoy, lo hará mañana, y si no, dentro de un año, o dentro de dos, o dentro de diez; el caso es que antes o después se casará, y lo sabéis tan bien como yo. Por tanto, ¿por qué no acometer ahora ese acto de valor que se hará más difícil cada día que pase? Por favor, señora, no veáis en mi un tirano sin piedad sino un hombre que os otorga toda su simpatía. Sí, mi corazón está de vuestro lado en cuanto vuestra razón se acorde con la mía. Es un trance cruel, lo sé, y me gustaría cargar con una parte. Pero a lo que yo sé, todas estas relaciones que constituyen la única felicidad de la vida deben terminar así, siempre que el objeto amado sea demasiado joven para ofrecer esas garantías de estabilidad sin las que el amor no es sino un sueño del que hay que despertar antes o después. Al contrario, con un hombre cuya posición ya está firmemente establecida y que une a la madurez tranquilizadora de la edad la calidez de un alma aún joven, la intimidad es cada día más dulce pues ningún temor sobre el futuro estropea su encanto.

Sin darse cuenta, y llevado de la costumbre, monsieur de Pomenars se había refugiado en una de esas homilías que los ancianos de la diócesis de Pafos aprenden de memoria cuando llegan a los cincuenta. Viendo en qué insólitos terrenos se introducía el discurso del anciano, madame de Flamareil se sentó de nuevo como si la elocuencia insidiosa de lo que acababa de oír la hubiera fascinado a su pesar.

—Estas reflexiones son tan ciertas... —dijo con acento melancólico—. Así es como nosotras las mujeres echamos a perder nuestra vida de un modo irreparable.

—¡Irreparable! —exclamó monsieur de Pomenars con ardor juvenil—. ¿A vuestra edad puede haber algo irreparable? No hay herida que el tiempo no cure, ni dolor que no consuele.

—¡El tiempo! —repitió Eudoxia meneando tristemente la cabeza.

—O los encantos de un nuevo afecto, remedio mucho más rápido y eficaz —replicó el vejestorio con una vocecita cautivadora como el silbido de una culebra.

—Los sufrimientos del corazón exhalan una amargura que aleja a los que quizá pudieran curarlos —dijo la cuarentona, levantando sus ojos como buscando en el techo la figura invisible de algún ángel sanador.

El sexagenario, quien desde hacía unos instantes olvidaba el motivo de su visita, siguió de reojo esa doliente mirada y la interpretó con el cálculo habitual de un observador avezado aunque no infalible.

—Apostaría —se dijo— que en el fondo no quiere a Eduardo, y que en todo esto su vanidad es lo que está en juego, más que sus afectos. El amor por un hombre joven normalmente le alegra la vida a una mujer de esta edad. Sin embargo, la veo melancólica, por no decir triste. Estas rubias de temperamento inglés tienen en su forma de ser una cantidad de matices y sutilezas que no capta un colegial como Eduardo. La verdad es que esta mujer es inteligente, tiene alma. Necesitaría la amistad de un hombre que supiera comprenderla aun antes de que hablara. ¡Ah!, si solo tuviera cincuenta años, mi sobrino estaría casado antes de un mes. Pero a mi edad sería un disparate. Lo que es seguro es que desde hace unos momentos está usando conmigo una cierta coquetería. Pero, ¿con qué fin?

Antes de lograr resolver esta cuestión, la mirada de Eudoxia abandonó el techo y descendió sobre él con la suavidad con que se posa una paloma.

—Terminad vuestra confesión —dijo ella con una sonrisa encantadora—. Decidme: ¿solo por interés hacia monsieur de Mornac insistís tanto en esa boda?

—¿Se está riendo de mí? —pensó monsieur de Pomenars—. ¿Hago mal no queriendo entender esta frase de la que me hubiera aprovechado terriblemente hace solo cinco o seis años? Después de todo, si es una trampa, ¿qué arriesgo? Si lo dice de buena fe, lo que no sería imposible, ¿por qué tengo que fingir una incomprensión descortés?

—Si tuviera otro motivo, ¿me lo perdonaríais? —se decidió a contestar, arrastrando más allá de los límites su prudencia habitual.

—Para perdonar, habría que conocer antes la ofensa —replicó Eudoxia, aterciopelando aún más el imán de su mirada.

Monsieur de Pomenars se puso a dudar como un iniciado en los misterios de la masonería a quien se le ordena saltar descalzo sobre un suelo erizado de clavos, sin saber si esos clavos son de fieltro o de acero. Al final, la vanidad se impuso sobre el recelo.

—¡Bah! —se dijo—, ¿qué interés tendría en jugarme una mala pasada? No es feliz y es bastante natural que necesite desahogar sus sentimientos. Un amigo de mi edad le inspira confianza. Quizá estoy pecando de modestia.

Con esta última reflexión, el sexagenario dejó de vacilar.

—Queréis saber la ofensa que he cometido, aunque leo en vuestros ojos que ya la habéis adivinado —exclamó con un tono conmovedor—. Mi interés por casar a Eduardo es que, desde hace tiempo, su felicidad me fastidia y me desespera. Es que... estoy celoso de él.

—¡Celoso! —dijo Eudoxia con acento de sirena—. Yo creía que para estar celoso, antes había que estar enamorado.

—¿Y si lo estuviera?

—¿De mí?

—De vos.

—¡Qué ironía!

—Decid, más bien, ¡qué verdad! —exclamó el anciano exaltado por su éxito, haciendo vibrar lo más posible su voz quebrada.

Madame de Flamareil retiró la mano que su nuevo adorador acababa de tomar, y alargándola hacia la chimenea accionó la campanilla. Monsieur de Pomenars, al verlo, se levantó de su sillón, diciéndose apurado:

—¿Va a hacer que me arrojen por el balcón?

—Avisad a monsieur de Flamareil de la visita de monsieur de Pomenars —dijo Eudoxia al criado.

Luego, una vez que se cerró la puerta, se levantó y contempló un momento al anciano, inmóvil y mudo en medio del salón, como si un hada maligna le hubiera tocado con su varita.

—Tengo que daros las gracias —le dijo ella con una sorna tanto más hiriente cuanto que parecía evitarla—. Cuando habéis llegado, me encontraba mal. Pero me habéis curado. Hacía tiempo que no pasaba una hora tan divertida. En cuanto al motivo de vuestra visita, esta es mi respuesta: puesto que me amáis, comprenderéis perfectamente que otra persona pueda sentir afecto hacia mí, y, ya me perdonaréis mi mal gusto, pero me encuentro más inclinada a una amistad joven que a una pasión... patriarcal.

Después de chafar a monsieur de Pomenars con estas palabras, adecuadas para hacerle recordar que los ropajes humildes se acomodan mejor con la edad avanzada, madame de Flamareil le hizo una reverencia llena de gracia a la par que de ironía, y abandonó el salón.

—¡Jaque mate! —se dijo el anciano volviéndose a sentar—. ¡Caramba! ¡Vaya mujer! A mis treinta años, estaría totalmente rendido a sus pies. Comprendo ahora que Eduardo no sepa salir de sus redes y que el grueso comandante se haya vuelto desde El Havre. Pero yo le mostraré que no me dejo manejar como esos dos inocentes.

Se abrió la puerta del salón y monsieur de Flamareil entró de un modo precipitado.

—No sabe cómo siento que no me hayan avisado antes de vuestra visita —dijo con la cortesía impoluta que en él era habitual.

—Querido monsieur de Flamareil —respondió el anciano con tono algo seco—, no le retendré mucho tiempo, pues tengo poco que deciros. Sabéis

tan bien como yo que el interés mutuo es el mejor punto de partida para cualquier negociación. Vos queréis ser diputado, y necesitáis mi apoyo ante vuestros electores de Périgueux; yo, por mi parte, deseo casar a mi sobrino, y necesito vuestro apoyo para lograr que esa boda se celebre.

—Estoy a vuestra entera disposición —contestó monsieur de Flamareil—. ¿En qué puedo serviros?

—En esto: madame de Flamareil, con intenciones que no me atrevo a juzgar, trata de casar a monsieur d'Alignier, su primo, con mademoiselle Passerot, cuya mano pretendo para mi sobrino. He sido el primero en llegar, y no renuncio a mi precedencia. Por tanto, os ruego que intervengáis en este asunto y que hagáis eliminar los obstáculos que estoy encontrando, del mismo modo que yo procederé a eliminar los que se oponen a vuestra elección. En una palabra, este es mi ultimátum: si Eduardo no se casa, vos no seréis diputado.

—Hacéis bien pidiendo un favor por un favor —contestó el ambicioso marido sonriendo con amargura—. Acepto vuestras condiciones.

—Hoy es lunes y la elección comienza la semana que viene. Mis últimas instrucciones a los miembros del colegio sobre los que tengo ascendiente deben salir de aquí el viernes. Espero que para entonces hayáis obtenido un resultado definitivo, del que dependerá mi conducta.

Con estas palabras, monsieur de Pomenars se levantó despidiéndose con una altanera cortesía destinada a vengar sobre el marido la pequeña humillación que le acababa de infligir su mujer. Después de acompañarle hasta la puerta de entrada, monsieur de Flamareil, con cara preocupada y mirada más triste de lo habitual, atravesó de nuevo la vivienda y entró en el cuarto de estar donde se había retirado Eudoxia.

XI

Tras la escaramuza en la que su pericia de mujer de mundo había derrotado a la experiencia del anacreóntico anciano, madame de Flamareil se sentó al piano, con un brote de alegría bastante ajeno a la seriedad de su forma de ser. Pero al ver a su marido, esa alegría pueril que le impulsaba a tocar la marcha de los Puritanos como fanfarria triunfal cedió paso a un repentino malestar. Instintivamente comprendió que celebraba su triunfo demasiado pronto, y sus dedos, al abandonar aquel tema marcial acometido con espíritu de victoria, revelaron la ansiedad que ahora la embargaba.

Monsieur de Flamareil se acercó lentamente, y cerrando la partitura abierta sobre el atril, le dijo:

—Tengo que hablaros.

—¡Qué tono tan solemne! —contestó Eudoxia, quien, para disimular su incomodidad, seguía tocando una serie de arpegios cada vez más incoherentes.

El futuro diputado acogió con frialdad la sonrisa que acompañaron estas palabras.

—¿Os ha hablado monsieur de Pomenars del motivo de su visita? —preguntó mirando fijamente a su mujer.

—Por supuesto. Pero no creo que os haya comunicado el resultado —replicó madame de Flamareil, cuyo valor y sangre fría se reanimaron sintiendo el peligro.

—¿Qué resultado?

—Monsieur de Pomenars parece sufrir extraños desvaríos. Hoy, por ejemplo, se creía cuarenta años más joven. Le he tenido que recordar que estamos en 1836, y que los dulces tiempos del Directorio han pasado ya. Eso es todo.

Como si fuera una de las caprichosas divinidades del paganismo, monsieur de Flamareil rechazó el sacrificio de la vetusta víctima que su mujer inmolaba astutamente sobre el altar conyugal.

—Si monsieur de Pomenars se ve de pronto como un hombre joven —dijo con desdén burlón—, se ha equivocado en querer compartir su fantasía con una mujer tan experta como vos. Pero no se trata de eso. Escuchadme, os lo ruego, y si lo que os voy a decir me obliga a apartarme de mi reserva habitual, pensad que no entro voluntariamente en un tema que nos es doloroso a los dos.

»Hace diez años, en Lyon, cuando me batí en duelo con ese hombre que hemos vuelto a ver el otro día, y que os ha dado, al insultaros en público, una nueva prueba de la calidad de sus afectos y de su educación, hace diez años, digo, yo os amaba, lo bastante para sentir celos, lo bastante para jugarme la vida por vos, lo bastante para mataros, cosa que he estado

tentado de hacer más de una vez. A pesar del sesgo novelesco de vuestro temperamento, no deseabais, creo, ni vuestra muerte, ni la mía siquiera, y no habéis escatimado nada para curarme de una susceptibilidad tan demente y tan inoportuna. Lo habéis logrado del todo.

»No hay pasión que resista a la pruebas a las que habéis sometido la mía, no hay necesidad de venganza que una afrenta reiterada no termine convirtiendo en indiferencia pacífica. Hoy, ya no os quiero y ya no os odio. He comprendido por fin que coser el propio honor o el propio amor en el vestido de una mujer era una puerilidad inexcusable. He puesto mi honor en mí mismo, para estar seguro de conservarlo, y he sustituido el amor por otro sentimiento quizá tan fecundo en decepciones, pero cuyas heridas no conllevan vergüenza. Soy ahora, como se dice, un ambicioso, algo cierto aunque sois vos quien me ha hecho así. Sois vos quien, al negarme la felicidad íntima para la que me sentía llamado, me ha arrojado a los violentos avatares de la vida pública. Y dad gracias a mi ambición, pues a ella debéis la paz que reina entre nosotros.

»Una vez que he entrado en este nuevo camino, os he dejado libre en el vuestro. ¿No es así, señora? ¿Os he pedido alguna vez cuenta de vuestros afectos? ¿He intentado acaso frenar esa necesidad imperiosa de expansión que vuestro corazón experimenta en un grado tan extremo? ¿No me he vuelto adrede sordo y ciego? En una palabra, ¿no habéis encontrado en mí un marido, me atreveré a decirlo, ejemplar?

Monsieur de Flamareil hizo una pausa para dar lugar a una respuesta, pero su mujer permaneció callada, con la mirada mustia y la cabeza baja.

—Solo os pido, como premio por mi meritoria conducta, una única cosa —siguió diciendo con una ironía cada vez más afilada—: no comprometáis mi posición como antaño habéis puesto en peligro mi vida. He podido batirme por vos, pero mi generosidad no llegaría a tolerar una destitución por vuestra causa.

—No os entiendo —dijo débilmente Eudoxia.

—Pues se trata de algo muy sencillo: si no logro ser diputado, antes de tres meses habré perdido mi puesto. Estoy al tanto de las intrigas que rodean este asunto, y sé que mi sucesor ya ha sido designado; pero si soy miembro de la Cámara, seré necesario y no se querrá prescindir de mí. Veis por tanto que mi posición, y de paso la vuestra, depende de que sea elegido, lo que a su vez depende de monsieur de Pomenars. Ahora bien, acaba de decirme que no me apoyará si vos ponéis cualquier obstáculo al matrimonio de monsieur de Mornac. ¿Lo entendéis ahora?

—¡Qué párvula he sido! —pensó la mujer de cuarenta—. Toqué la campanilla demasiado pronto.

—Me ha dado cuatro días para decidirme y yo os concedo el mismo plazo. Si el viernes aún no ha terminado todo, os advierto que no esperaré a que me destituyan. Pediré el retiro y os llevaré conmigo a Flamareil, y allí viviremos en adelante. Si la perspectiva de una existencia monótona os

aterra, tened en cuenta que depende de vos evitarla. El futuro queda en vuestras manos: o una vida libre y con brillo en París, o una vida sosa en una vieja y triste casa sepultada en un valle de los Pirineos. Tenéis que elegir. En cuanto a mí, mi decisión es irrevocable. Sabéis que no suelo esgrimir contra vos mi autoridad, pero, cuando quiero algo, es necesario que ese algo se haga.

Monsieur de Flamareil se calló, permaneciendo inmóvil un momento. Pero viendo que su mujer persistía en su actitud taciturna y que no le respondía ni con una mirada, se inclinó levemente ante ella y salió.

Tras la salida de su marido, Eudoxia se encontró, si se nos permite la comparación, como Napoleón en Waterloo, perdiendo una batalla que tenía medio ganada. Los nuevos lazos con que había encadenado al arrepentido Eduardo, la treta traidora con la que se había deshecho de su primitivo adorador, su triunfo reciente sobre monsieur de Pomenars, todas esas victorias ganadas una a una a fuerza de ingenio, de sangre fría y de habilidad, se desplomaron ante el inesperado manifiesto de una voluntad que ella sabía de acero, como se apagó la estrella del Emperador ante el resplandor funesto de las bayonetas prusianas.

—¡Matadme! —exclamó, al sentirse vencida, si bien esperó, antes de soltar ese grito desesperado, a que monsieur de Flamareil hubiera salido de la habitación—. Sí, le quiero, y ningún poder humano romperá ese amor. Por tanto, matadme, por piedad.

Entonces se echó a llorar como lloran las mujeres, con abundancia y sinceridad. Volvió a encontrar en sí todas las angustias que la habían desgarrado diez años antes. Incluso puede que su sufrimiento fuera ahora más agudo de lo que había sido entonces, pues al tormento actual vinieron a añadirse los amargos recuerdos del pasado. Y tal añadido no tuvo nada de consolador: nunca una cicatriz se ha eliminado con una nueva herida.

Abandonada cada vez más a sus tristes reflexiones, ella, tan puntillosa en cuanto a su conducta, acogió uno tras otro los proyectos más extravagantes sugeridos por una pasión desdichada. Pensaba en dejarse raptar por Eduardo y huir con él a Italia, preocupándose de los más mínimos detalles de su huida, diamantes incluidos, que las mujeres nunca olvidan en casos semejantes. O pensaba en dejarse llevar a Flamareil, pero Eduardo la seguía disfrazado de montañés agreste, y allí, en medio de los hermosos Pirineos, empezaba para ambos una de esas existencias llenas de misterios y peligros, como las que hace concebir a las imaginaciones novelescas la poesía aventurera. Pero no tardó el buen sentido de la mujer de cuarenta años en rechazar esas ensoñaciones dignas de una colegiala.

—Quimeras, nada más que quimeras —se dijo entre suspiros—. Nuestro prosaico siglo no comprende estas nobles locuras del corazón. Además, ¿para qué tanto luchar y forcejear? ¿Por qué tengo que sufrir tanto tiempo?

Madame de Flamareil se levantó y se acercó al espejo situado sobre la

chimenea. Viendo su palidez, sus facciones alteradas, sus ojos enrojecidos por las lágrimas, se sintió enferma y, quizá, pudo convencerse de que sufría un mal hasta entonces no percibido. Recordó entonces la gastritis que creía padecer, como diez años antes había invocado, ante su primera desesperación, la ayuda de una afección pectoral asimismo imaginaria.

—¡Morir! —dijo, dejándose caer abatida en la butaca—. ¡Sí, morir! En la tumba todo se olvida.

Después de esta máxima no muy ortodoxa, madame de Flamareil permaneció largo tiempo apoyada sobre el piano, con la cabeza entre sus manos y llorando sobre su destino como la hija de Jefté, aunque no por la misma razón.

XII

Esa noche se celebraba la fiesta de madame d'Alvimare. A pesar de su pretendida fiebre, Eudoxia quiso asistir con la esperanza de ver allí a Eduardo. Su dolor no le hizo olvidar ninguno de los minuciosos detalles con que preparaba su atuendo, pues, como todas las mujeres, tenía la coquetería de los antiguos gladiadores y pretendía estar bella incluso para morir. Pero los pesares, que resbalan por los rostros de las veinteañeras, evaporando las lágrimas que provocan, dejan una huella menos indulgente en los semblantes de las no tan jóvenes.

La palidez y el aspecto enfermizo de madame de Flamareil fueron percibidos nada más entrar en el salón, pues el cuchicheo de la boda futura de monsieur de Mornac atraía sobre ella la atención general. El sentimiento de despecho que no pudo disimular al ver a Eduardo bailando, la desacostumbrada torpeza cuando él se acercó a saludarla, incluso el exceso de atenciones que diplomáticamente le prodigaba su marido, todo fue objeto de comentario, y no muy benévolo.

Gracias a esas amistades solícitas, siempre listas para aplastarnos en las narices las zumbadoras moscas de la maledicencia, Eudoxia pasó la velada recibiendo, bajo forma de amables consejos o de empáticas condolencias, los rebotes de los dardos más inmisericordes dirigidos contra ella desde las cuatro esquinas del salón, pues, sin ser requerida y en virtud del derecho de justicia discrecional por el que a menudo castiga a sus favoritos, la sociedad en esta ocasión estaba en bloque del lado del amante de veinticinco y en contra de la dama de cuarenta.

Todos los odios menores que a lo largo de su carrera de elegante había podido suscitar en rivales rencorosas y en pretendientes ignorados se concertaron para avivar esta reprobación pública tan fácil de inflamar. A los ojos de la gente seria, para quienes el matrimonio es sagrado, la conducta de madame de Flamareil rayaba en la insensibilidad y la inmoralidad. Otros, menos estrictos, se contentaban con decir que la formación de Mornac ya había durado demasiado, y que estaba en su derecho de reclamar su emancipación. Por último, las mujeres jóvenes no entendían que a los cuarenta se mantuviera una tenacidad en los sentimientos que la edad empezaba a volver ridícula. En resumen, la opinión general era que, al oponerse a la boda de su amante, Eudoxia lograba alejar solo un poco el cáliz de amargura al que están condenadas las víctimas de un amor no compartido.

—¡Es una mujer abandonada! —tal era la sentencia que circulaba de boca en boca.

En medio de todos estos semblantes hostiles, entre los que había algunos que apenas disimulaban con el disfraz de la urbanidad sus ocultos sentimientos burlones, Eudoxia solo percibió un rostro en el que se

reflejaba el pesar de una auténtica condolencia: el de León de Boisgontier. Reafirmado por esa elevación de sí mismo que inspira la cercanía de una desgracia que hay que consolar, el pretendiente no dejaba de mirar a la doliente soberana de sus pensamientos, y según la interpretación heroica que las mujeres suelen dar a los sentimientos que ellas inspiran, esa mirada decía en lenguaje paladino:

—Señora, una sola palabra, un único gesto, y mi brazo os vengará de los insolentes que os insultan.

—¡Pobre joven! —se dijo madame de Flamareil, cuyos ojos abatidos no siempre se desviaban de esa mirada llena de pasión y de súplica—. ¡Corazón noble y generoso! Me ama, estoy segura, siente que estoy sufriendo y moriría por mí, mientras que Eduardo...

Eduardo bailaba. Llevado por una de esas reacciones propias de su temperamento, llevaba días indignado contra las nuevas cadenas con que el perdón de Eudoxia le había vuelto a amarrar, y, al ser un hombre falto de decisión, en vez de rebelarse dejaba escapar su malhumor en fanfarronadas pueriles. Al ver la tristeza invadir el semblante de madame de Flamareil, había decidido que el resto de la velada debería aparecer contento, venganza frívola de su debilidad contra el yugo que no se atrevía a quebrar. Eudoxia se sentía herida en lo más hondo por ese comportamiento que parecía estar de acuerdo con el escarnio general o que, al menos, parecía reforzarlo. Cuando Mornac se acercó a saludarla, en vez de abandonarse a un desahogo doloroso de todo lo que sentía desde hacía horas, se limitó a dirigirle fríamente estas palabras:

—Mañana, a las tres.

Un instante después, la dama abandonó el baile con el alma desfallecida pero con la sonrisa en los labios. Al pasar ante un grupo que estorbaba la salida del salón, oyó estas palabras que monsieur de Pomenars pronunciaba con voz clara y deje irónico:

—¿Qué quieren ustedes? Los jóvenes son más difíciles de destetar que los niños de pecho.

El anciano se vengaba así del desaire recibido por la mañana, y el calificativo de lactante dado a Eduardo era una réplica tardía al epíteto «patriarcal» que había recibido. Madame de Flamareil le atravesó con la mirada más fulminante que pudieron nunca lanzar los ojos de una mujer agraviada. Luego salió lentamente del salón imponiéndose a los más sarcásticos con un porte altivo de leona herida a la que solo se osa atacar de lejos.

—Si no os decidís de un modo rápido y definitivo —le dijo su marido, tras subir al coche—, antes de tres días seréis la comidilla de todo París. Y es que vos que me miráis, lo sé, como un anciano, aunque solo tenga doce años más que vos, ¿no habéis caído en la cuenta hasta ahora que le lleváis a él quince años? Si se os ha pasado hacer ese cálculo, estad segura que la gente lo sabe hacer, y si es indulgente a veces con los errores achacables a

la juventud, no perdona al contrario los de la madurez.

Madame de Flamareil no contestó, pero el insomnio que siguió a esta velada de torturas vio cómo se fraguaba una de esas revoluciones misteriosas que a veces se dan en el corazón de las mujeres con una sorprendente rapidez, pese a que el análisis más fino no pueda describir sus infinitos detalles, sus sutiles matices, sus transiciones imprevistas e inexplicables.

En ese momento, la mujer de cuarenta años experimentaba uno de esos sufrimientos complejos que terminan por perder en intensidad lo que adquieren en extensión, especie de mosaico doloroso en el que cada tesela pulsa una fibra del alma, pero que la menor resistencia moral deja en carne viva. Pues como toda fuerza motivadora, el dolor es poderoso sobre todo por la unidad de su acción. Golpeada al mismo tiempo por la sociedad, por su marido, por el hombre que era su amante y por el que lo había sido, Eudoxia logró concentrar contra la multiplicidad de esos ataques un valor que quizá no habría sabido acumular contra una única acometida. Lejos de dejarse doblegar por el número, imitó a Horacio dividiendo a sus enemigos y, más diestra aún que el campeón romano, encontró el modo de enfrentarlos entre sí para irse deshaciendo de ellos.

Contra el comandante Garnier, cuya inoportuna resurrección le recordaba su primer desliz, echó mano primero de los diez años de ausencia que implicaban una prescripción del delito tan determinante en amor como en derecho.

—Era tan joven entonces —se decía.

Y a continuación, para terminar con un recuerdo tan desagradable, su pensamiento se refugió en la protección de su marido y en el duelo mantenido, diciéndose que al castigar al seductor, monsieur de Flamareil había logrado borrar una falta debida a la inexperiencia, y que seguir culpándose de ella sería un desprecio a la misericordia conyugal. Purificada y blanqueada de tal modo, sintió cómo le invadía un arrebato de reconocimiento hacia su marido.

—Sí —se dijo—, al protegerme contra ese militar sin alma y sin clase, monsieur de Flamareil ha mostrado un carácter tan noble como enérgico. Un padre o un hermano no habrían hecho más por mí. ¡Oh, Dios sabe que lo hubiera querido amar como a ellos! ¿Por qué su modo de ser tan estricto, su carácter tan insociable, las pocas gracias de su espíritu, al menos hacia mí, la desigualdad de nuestras edades, los requerimientos de su puesto, su ambición tan absorbente y otras causas de las que no tengo culpa han creado entre nosotros esa incomprensión que tantas lágrimas me ha hecho verter?

»La sociedad nos trata a nosotras, las mujeres, con una severidad implacable. Los hombres tienen mil modos de realizarse: la fama, el poder, la fortuna o la gloria abren otros tantos caminos por donde pueden avanzar sin censura y sin pesar. Pero nosotras, cuya existencia solo tiene

un objeto, ni siquiera tenemos el derecho de alcanzarlo. Entre la felicidad y nosotras, un matrimonio contraído sin consentimiento levanta una barrera tiránica, y si nuestro espíritu magullado se alza un solo día contra las cadenas que no ha aceptado, si la necesidad de respirar en libertad, de realizar nuestros sueños, de ser dichosas, de ser amadas en suma, nos arrastra a nuestro pesar al camino prohibido, si el instinto irresistible que pide a la rosa florecer y a la golondrina volar nos enseña que la mujer tiene aromas como la flor y alas como el ave, entonces nos volvemos criminales y la sociedad nos condena. ¿Es eso justo, Dios mío?

Madame de Flamareil juntó las manos, levantó los ojos y se encontró entonces mucho más desgraciada que culpable. Cada vez que una mujer ha tropezado en el áspero sendero del matrimonio, suele acusar al cielo y a la tierra antes que a sí misma. Acusa al hombre con quien se ha casado, a los padres que la han entregado y al cura que la ha bendecido con objeto de poderse absolver en medio de la culpabilidad general. Aunque se hubiera casado a los treinta, ella aludirá a su minoría de edad y a cómo le han arrebatado su consentimiento. Aunque hubiera hecho el viaje a Gretna Green, para casarse sin la bendición paterna, justificará sus escapadas extraconyugales con una antipatía esencial hacia su marido.

Eudoxia agotó en su favor los enternecedores sofismas de esta dialéctica femenina y terminó por concluir que, mal casada, incomprendida, abandonada, condenada su mente al tedio y su corazón al aislamiento, ella tenía más que nadie el derecho a pedir al amor la dicha que le negaba el matrimonio.

Su segundo desliz quedó pues casi justificado a sus ojos. El espectro marital que había invocado para expulsar el fantasma de Garnier, dejó de inquietarla a su vez y desapareció de su pensamiento al evocar la imagen de Mornac. Pero esta última visión, tan querida hasta entonces, había perdido su habitual encanto y se volvió, ella también, en algo más inoportuno que consolador.

El amor todo lo perdona, el amor propio no perdona nada. La conducta reciente de Eduardo, su alegría artificial y su gélida ligereza adoptaban el carácter de ofensa premeditada que despertó en el espíritu de la cuarentona el orgullo, ese león que solo duerme con un solo ojo. Por un fenómeno análogo a esa ley física que exige que un dolor reciente haga olvidar uno anterior y lo cure por sustitución, las heridas de la vanidad consiguieron cicatrizar las de los afectos. La implacable ironía de la sociedad derramó sobre las sangrantes llagas del corazón un cáustico tanto más eficaz cuanto más amargo. Al pensar en el papel de mujer abandonada que se le había pronosticado, Eudoxia experimentó un sentimiento de indignación contra Eduardo, protegido, o más bien defendido, por las malas lenguas que se encarnizaban con ella.

—Oía lo mismo que yo —se decía— y, sin embargo, estaba contento, bailaba, parecía tomarse a broma mi tormento, parecía disfrutar al oponer

a mi tristeza su aspecto expansivo y triunfante. Si realmente yo le importara algo, ¿se comportaría así? ¡Egoísmo y vanidad, ese es el amor de los hombres!

Al formular esta condena en firme, Eudoxia no se daba cuenta de que a su lado venían a sentarse los males contra los que se sublevaba su espíritu, pareja odiosa que gobierna el mundo, pues si el egoísmo es varón, la vanidad es mujer, y ambos se llevan de maravilla.

XIII

Madame de Flamareil siempre mantenía sus sentimientos de buena fe. Fue la primera en verse engañada por su entusiasmo, cuya duración había equiparado con su intensidad, tomando así por inmutable lo que no era sino mera exageración. Al querer morir, diez años atrás, había vertido en ese deseo toda la ingenuidad de la desgracia pasional. Pero el cuerpo, ese tenaz partidario de la vida, se había rebelado contra los fúnebres impulsos del alma; sobre él había resbalado el sufrimiento como el aceite sobre una valiosa estatua de mármol, y el tiempo, con su soplo travieso, había logrado secar hasta las últimas perlas de ese doloroso bautismo. Al final, en lugar del deceso había llegado la experiencia, que, escuchada con poco provecho, a veces hablaba demasiado alto para el caso que se le hacía.

Las amargas penas del primer amor son sencillas, pues ignoran las comparaciones. El alma se sumerge en ellas con el fanatismo del bañista que se ahoga, sin que una voz avise que la muerte no se halla en esa ola donde se quiere perecer. Pero el corazón herido por segunda vez pierde hasta la ilusión de creer que su desesperación será eterna. Al precipitarse en el abismo, entrevé a su pesar ese resplandor lejano que percibió Dante al final del infierno y que anuncia el purgatorio, reconoce la puerta por la que ya ha salido de la ciudad doliente, se entristece sin querer, pensando en que aún se pueda abrir, y sus ojos se inundan de lágrimas al presentir que algún día el corazón ya no llorará más.

Hay gente que se mata para no sufrir la amputación de un miembro. Otros prefieren la aniquilación del alma a su mutilación. Pero por lo general la muerte no es condescendiente, y el que desea la tumba se encuentra a veces con que es el asilo de inválidos el que acoge sus muletas.

En un estado de tranquilidad precaria tras una noche de ansiedades, Eudoxia se encontró de pronto con un tormento nuevo, aún más cruel para una mujer que el de un amor desgraciado.

—He debido envejecer —pensaba—, pues, si no, ¿de dónde me viene esta repentina insensibilidad? La apatía que siento no es resignación sino cansancio. En otro tiempo tales emociones me habrían matado, hoy solo me quebrantan. En vez de una puñalada fulminante, me viene una destrucción lenta. Ya no tengo fuerzas para llamar a la muerte, quizá porque me encuentro más cerca de ella y podría efectivamente oírme. Cuando se sufre, morir sería lo ideal; en cambio, sufrir y volverse vieja, esa es la vida real. La flor deshojada pétalo a pétalo debe envidiar la suerte de aquella a la que han cortado del tallo. Deshojarse..., envejecer...

Madame de Flamareil fue hacia el espejo y se miró largo rato en silencio. Después de haber examinado uno tras otro los más sutiles detalles de su cara, tomó de su tocador un espejo de mano para poderse ver de

perfil. Cuando acabó tan meticulosa exploración, llamó a su doncella y le pidió que cambiara su peinado que le dejaba las sienes demasiado al descubierto.

—Todavía no soy tan horrible —se dijo con melancólica sonrisa—, al menos eso es lo que parece pensar monsieur de Boisgontier. Pero ya está bien de estos continuos tormentos: mi salud no los resistirá.

Es probable que en ese momento la pretendida enfermedad que aquejaba a madame de Flamareil se le hiciera presente bajo la forma de una arruga. El efecto de esta visión fue fulgurante: la enferma dejó de pensar en su amante para ocuparse solo de sí misma.

A la hora en que Mornac se presentó en su casa, Eudoxia había recorrido hasta el final ese sendero de desencanto que los espíritus fuertes llaman ciencia de la vida y que conduce a los corazones entusiastas al calvario de la realidad. Las ilusiones a las que se agarraba su alma, con esa energía peculiar de las mujeres de su edad, se habían evaporado una tras otra y la habían dejado menos devastada de lo que hubiera imaginado en un principio. Las palabras de monsieur de Pomenars no dejaban de zumbar en sus oídos:

—Si no se casa hoy, lo hará mañana.

Esta verdad, hasta ahora rechazada por sus sentimientos, fue finalmente admitida por su razón. Ilustrada por los recientes desengaños de su amor propio, se atrevió a interpretar los cambios sobrevenidos desde hacía tiempo en la conducta de Mornac. Logró adivinar, revelación cruel, la causa del humor irritable, de las indecisiones caprichosas, del espíritu de rebelión y de los retornos conmovedores que había notado en él. Comprendió que solo debía a un sentimiento de generosidad el alargamiento de una relación hasta entonces fundada en el afecto mutuo. Ante la idea de esta limosna de amor, un frío repentino le heló el corazón, pero su indignado orgullo le devolvió a la vez la fuerza y la energía.

—No quiero su piedad —se dijo—. ¿Quién le ha dado derecho a tal presunción? Sin duda cree que su boda supondría mi muerte, y por un sentimiento de compasión no quiere que yo me muera.

Una sonrisa ufana afloró en los labios de Eudoxia. En ese momento, se encontró curada de su gastritis, y casi de su amor. Ya no pensó en morir; al contrario, quería vivir, vivir para estar bella, para estar siempre joven, y quizá, porque quién sabe lo que llega a pasar por la mente de una mujer ofendida, para volver a ser amada.

Madame de Flamareil recibió a Eduardo con frialdad sosegada, bajo la que se ocultaba la penetrante observación de un espíritu desengañado y la resolución de un corazón fortalecido que se enfrenta con decisión a su desdicha.

—Todo el mundo hablaba ayer de vuestra boda —le dijo—. Me extraña que no me hayáis aún mencionado que os casabais. ¿Debo esperar para enterarme a recibir la invitación?

—Sabéis que es del todo imposible que yo me case —contestó el joven, ruborizándose ante un ataque tan directo.

—¡Imposible! ¿Por qué? —replicó la dama fingiendo asombro.

—Porque os quiero —balbuceó Mornac, más descolocado por esta tranquilidad inesperada que si hubiera acabado de pasar por una escena de celos o de lágrimas.

Madame de Flamareil le tomó ambas manos, le miró con ojos relucientes y le dijo:

—¿Me quieres? Repítemelo.

Sorprendido por esta mirada que le penetraba como un fluido eléctrico, Mornac permaneció callado. En un primer momento no encontró en su corazón ni un gramo de sinceridad para convencer a Eudoxia, ni en su imaginación una sola mentira para engañarla. Cuando salió de su estupor, intentó alguna de esas proclamaciones banales que nunca faltan a los amantes, y que tuvo que buscar. Pero ya era demasiado tarde: no había superado la prueba. Madame de Flamareil había leído en esos ojos, otrora tan apasionados y ahora tan decepcionantes, el futuro reservado a sus afectos. Dejando caer las manos que había en vano interrogado con una elocuente presión, se levantó y se acercó a la ventana. A través del cristal en el que había apoyado su frente encendida, vio al joven Boisgontier montando su acostumbrada guardia en el bulevar, y cuya mirada, al dirigirse a ella, parecía someter a sus pies el tributo de amor que Eduardo acaba de rehusarle. Esta visión la confirmó en el poder aún vivo de su belleza, y puede que contribuyera a una repentina decisión.

—¡Ser abandonada antes o después, o ser la primera en romper! —se decía encerrándose en ese dilema como en el círculo de Popilio; aunque, ¿qué mujer, pudiendo escoger, se hubiera resignado a salir del lado del abandono?

Eudoxia dejó caer la cortina, atravesó el cuarto con paso rápido y llamó.

—Me permitiréis no reteneros más —le dijo—. Necesito salir y tengo que vestirme. Vuestro tío es rico, también lo es mademoiselle de Passerot. Haréis un buen negocio, y yo os aconsejo que no lo desaprovechéis.

Mornac, estupefacto por esta conclusión, se precipitó a retomar la mano que no había sabido retener, y que le fue abandonada con una indiferencia aún más mortificante que una negativa. La entrada de la doncella interrumpió una escena que ahora solo él intentaba hacer conmovedora. Obligado a retirarse, salió triste, enamorado, implorando con la mirada un perdón que ya no se le iba a conceder.

Durante dos días, madame de Flamareil, cuya puerta había permanecido cerrada para todos, se reafirmó en una decisión que aún le costó más de una lágrima, pero que su orgullo le permitió ejecutar. Al tercer día, cuando su marido, preocupado y sombrío, vino a preguntarle qué contestación debía dar a monsieur de Pomenars, fingió un aire

distraído como si le hablaran de algo totalmente indiferente.

—El otro día —dijo— os aprovechasteis de mi jaqueca para atormentarme no sé a santo de qué. ¿Por qué suponéis que quiero oponerme a vuestros deseos? Yo trataba de arreglar para mi primo un matrimonio apropiado, pero veo que esto contraría vuestros proyectos. Pues no hablemos más. Ya le he escrito a d'Alignier que se quede en Marsella. En cuanto a monsieur de Mornac, si se casa o se deja de casar, ¿qué más me da?

Monsieur de Flamareil sonrió en silencio como para dejar ver su incredulidad, pero, ya que obtenía lo que deseaba, no estaba dispuesto a enredarse en una de esas polémicas conyugales que los maridos casi nunca ganan.

—Me habéis amenazado de un modo bastante brutal con encerrarme en Flamareil —continuó Eudoxia—. Lejos de asustarme, ese viaje me gusta y os lo pido como un favor. Últimamente me siento cada vez peor, y espero que un cambio de aires me sentará bien. Además, estaré cerca de Barèges, cuyas aguas me han recetado.

Monsieur de Flamareil asintió con una nueva sonrisa a esta propuesta, en la que creyó percibir un retiro temporal dictado por la resignación y la prudencia. Tras ello salió para instar a monsieur de Pomenars que mantuviera su promesa.

El martes siguiente, Eudoxia, que se había negado a recibir las visitas de Eduardo y a contestar las cartas que le había escrito, partió para los Pirineos acompañada de mistress Lawington, su carabina habitual. Días más tarde, monsieur de Flamareil fue elegido diputado por Périgueux. Para terminar, dos meses más tarde, Mornac, sometido a la voluntad de su tío a cuya influencia ya nadie hacía contrapeso, contrajo matrimonio en la iglesia de Saint Germain des Prés con mademoiselle Loida de Passerot.

XIV

A finales del mes de julio, madame de Lordes, que había tenido una parte muy activa en concertar ese matrimonio, daba una velada para festejarlo en su casa de campo de Auteuil. Monsieur de Pomenars asistía con el humor alegre de quien ha llevado a buen puerto una negociación difícil, y rejuvenecía con la idea de llegar a ser tío abuelo. A punto de volver a Argel sin haber conquistado nada parecido a una marquesa o a una duquesa, el comandante Garnier se paseaba dejando caer sobre todas las mujeres esa mirada agridulce habitual en él tras la caída de la estrella de Elisa. Madame de Mornac, apoyándose continuamente en el brazo de su madre debido a su timidez de debutante, brillaba con el triple destello de su juventud, de su lozana belleza y de uno de esos atuendos fastuosos tan estimados por las recién casadas cuyo gusto aún no está formado. En medio de la animación general, solo Eduardo parecía triste y preocupado. Erraba melancólico de los salones a los jardines, sin tomar parte en ninguna de las diversiones de la velada, y empezaba a abusar del derecho que se atribuyen algunos maridos a escatimar las atenciones hacia sus esposas. Terminó dejándose caer en un sofá al lado de su nuevo primo.

—¡Qué orquesta más detestable y qué velada más insípida! —exclamó aburrido.

—Todo se ve del color del cristal con que se mira —contestó el jefe de escuadrón—. ¿Sabéis que andáis cruelmente huraño estos últimos días, y que si yo fuera Loida, no tendría con vos tanta indulgencia?

—Sí, Loida es la mejor de las mujeres y yo me felicito de haberme casado con ella —replicó Eduardo con tono fúnebre—, pero hoy me invade una melancolía que no logro vencer. Siento, querido Garnier, que soy más viejo de lo que me corresponde por mi edad, que comparto la suerte de los que han vivido mucho en poco tiempo.

—Sensiblería romántica —dijo el comandante tumbándose en el sofá.

—No podéis comprenderlo, y envidio vuestro feliz modo de ser. Ustedes los militares cambiáis de amor como de cuartel...

—¡Cuartel! Ya os he dicho que esa palabra me desagrada.

—Pero yo —continuó Mornac sin atender a la incomodidad de su interlocutor—no logro romper con alegría la copa en la que me he embriagado.

—No la rompáis. Echad en ella un vino distinto.

—Ya no tengo sed —dijo el recién casado con tono desconsolado.

—La verdad es que hoy estáis más gracioso que un inglés.

—Perdonadme, pero hay en la vida días que resultan tristísimos, y hoy es uno de ellos. Amigo Teódulo, hoy es para mí un aniversario sagrado.

—¿No iréis a caer otra vez en vuestras aberraciones novelescas? —exclamó Garnier quien, tras la decepción sufrida por la resurrección de

Elisa, se había vuelto ateo furibundo en materia de sentimientos—. ¿El aniversario de qué, de Austerlitz o de Friedland?

—El aniversario del día en que la vi por primera vez —contestó Mornac suspirando.

El comandante se mordió los bigotes para contenerse de las ganas que tenía de hacerle a su interlocutor una confidencia apta para desalojarle del olimpo con la brusquedad con la que él mismo había sido expulsado.

—Fue hace seis años, en el jardín de las Tullerías —continuó el recién casado con deje elegíaco—. Y ahora, ¿sabéis dónde se encuentra mientras yo me dedico aquí a bailar? Está en el balneario de Barèges, a dónde la ha llevado su salud quebrantada sin remedio. ¡En Barèges! ¡Enferma, quizá moribunda!

Garnier se encogió de hombros, empezando a amostazarse.

—Tened en cuenta —le dijo—: primero, que no estáis bailando, lo que por cierto no es muy caritativo con vuestra esposa; segundo, que la persona de la que habláis tiene, estoy seguro de ello, una salud tan buena como la vuestra o la mía. Si queréis, apuesto ochenta mil francos a que no está enferma. Es todo mi capital, si no, no me importaría doblar la apuesta. ¿Aceptáis? Aquí hay alguien que nos puede servir de juez: monsieur de Boisgontier, que acaba de llegar hace poco de Barèges.

En ese momento, el joven cuyo testimonio invocaba el oficial de granaderos se dejó ver en el otro extremo del salón como si un mago lo hubiera hecho aparecer. Desde su retorno de los Pirineos, el joven Boisgontier había adquirido el aire serio, importante y discreto de una persona recién iniciada en los misterios sobrehumanos. Andaba con solemnidad, miraba a hombres y mujeres de arriba abajo, y llevaba la cabeza como Saint-Just. Al pasar junto a los dos primos, sonrió con inefable superioridad, y dirigió a Mornac un saludo con una retranca parecida a la que recibió de él en el bulevar de la Madeleine.

—¿Qué quiere este chaval? ¿Anda buscando que le cante las cuarenta? —exclamó Eduardo levantándose. Pero sus rodillas se doblaron, mandándole de nuevo al sofá, al oír la voz de un criado que anunciaba en la puerta del salón:

—Madame de Flamareil.

Del brazo de su marido, que no dejaba de colmarla con mil atenciones, vestida con la elegancia sencilla y noble cuyo secreto solo posee la más refinada coquetería, más hermosa, más seductora, más radiante que nunca, exhibiendo en toda su persona la huella de un renacimiento espectacular que podría otorgar al balneario de Barèges el sobrenombre de fuente de la juventud, Eudoxia avanzó pausadamente, acogiendo con amabilidad los parabienes que le dirigían, y, por así decirlo, tomó posesión del salón con la majestuosa desenvoltura de una reina que ocupa su trono. Se acercó a saludar a madame de Passerot, felicitó con toda naturalidad a Loida por su boda, intercambió con exquisita ironía algunas palabras con monsieur de

Pomenars quien, temiendo no estar a la altura en ingenio y en aplomo, había sido de los primeros en revolotear en torno a ella. Por último, pasando por delante del sofá en el que Garnier y Mornac permanecían sentados, presos de un asombro estupefacto, dejó caer sobre ambos una mirada, una única mirada para los dos, pero tan tranquila, tan fría, tan distante, tan llena de indiferencia y de olvido que ambos examantes se sintieron agobiados como si la tapa de un ataúd se hubiera desplomado sobre sus rostros.

A la vez que madame de Flamareil entraba en el salón, León de Boisgontier lo abandonaba por otra puerta. Esta maniobra fue captada por monsieur de Pomenars, a cuya vista de lince no se le escapaba nada, y cuya curiosidad se sentía vivamente estimulada por la inexplicable beatitud impresa en las facciones de la dama de cuarenta años.

—¡Qué cosa más extraña! —se dijo el sexagenario—. Este mozuelo se ha vuelto de pronto muy discreto, cuando antes no le podía dirigir la palabra sin ponerse colorado hasta las orejas, cuando antes se le podía encontrar en todas las esquinas de los salones con los ojos como platos, fijos en ella, y la cara espantada como el hocico de un faquir extasiado. Esto es algo que hay que aclarar.

El viejo tío se acercó a Garnier y le dijo en voz baja:

—Venid a tirar de la lengua al pequeño Boisgontier. Creo que es el sucesor de vuestro compañero de sofá.

El jefe de escuadrón se levantó de un salto como electrizado por esa maquiavélica insinuación, porque lo que más deseaba era tener por colega de infortunio al que había sido heredero de su dicha.

Ambos hombres encontraron a Boisgontier en el balcón de la sala de billar, con los brazos cruzados sobre la balaustrada y los ojos vueltos al cielo, cúpula estrellada de los jardines de la mansión.

—Pero, joven, ¿para cuándo dejáis el baile? —le dijo el caballero mayor, interrumpiendo sin piedad su meditación sentimental—. ¡Allí hay una multitud de señoritas casaderas haciendo de bambalinas!

—Ya no bailo, caballero, y no tengo ningún deseo de casarme —contestó el joven Boisgontier con tono serio.

—Veo que preferís la contemplación de las estrellas a la conversación femenina. No sé si por ahí se llega al cielo, pero no es el modo de llegar muy lejos en la tierra.

—No tengo la ambición de llegar más lejos de donde estoy. En cuanto a las estrellas, le confieso que me gustan mucho.

—Es un amor harto inocente —pensó monsieur de Pomenars—. Vamos, ya he hecho suficiente caso a este lechón.

—¡Ah, os gustan las estrellas! —intervino de pronto el comandante elevando la voz como un caballo que relincha—. Pero hay estrellas y estrellas. ¿Os gustan todas, o más bien una sola?

—Todas sería demasiado —dijo Boisgontier, con el deje burlón con

que las mentes exaltadas tratan de proteger sus entusiasmos de las profanaciones del vulgo—. Una sola estrella debe bastarle a cualquiera, puesto que al mundo le basta con un solo Dios.

—¡Vaya! ¡Poesía tenemos! ¿Lo ha sacado de una estrofa de Victor Hugo? —preguntó monsieur de Pomenars que, al no comprender el sentido oculto de las alusiones del jefe de escuadrón, creía que la investigación se estancaba.

—¡Victor Hugo! ¡Un gran poeta! ¡Ciertamente un grandísimo poeta! Siempre lo he admirado. Aunque hoy prefiero a Lamartine. Lamartine es el poeta del corazón —pontificó dogmáticamente el joven Boisgontier.

Garnier dejó escapar entre sus largos bigotes un sordo silbido. Luego, sin más trámite, volvió la espalda a sus interlocutores, dejándoles sorprendidos por su brusca marcha, y, lanzándose entre la multitud como un cometa, vino a aterrizar sobre el sofá en el que Mornac permanecía sentado, inmóvil como una esfinge egipcia.

—Hermano —le dijo—, dadme la mano y salid de ese humor tan sombrío: las mujeres no merecen que adelgacemos por ellas. Llevo demasiado tiempo con ejercicios de ese tipo. ¡Vamos, diablos, espabilaos y tomaos este vaso de ponche! Os aseguro que ya éramos hermanos antes de volvernos parientes. ¿Me entendéis?

—Ni una palabra —contestó Eduardo rechazando el vaso.

—En este momento tenemos un hermano pequeño que os ha pagado lo que yo os debía. ¿Me entendéis ahora?

—No más que antes.

—Bueno, de acuerdo, puesto que hay que decirlo todo bien claro, os digo que yo me llamo Lunes, vos os llamáis Martes y el jovencito Boisgontier se llama Miércoles. ¿Lo entendéis ahora, diablos?

—Lo que entiendo es que el negro de Robinson se llamaba Viernes. ¿Qué me estáis contando? ¿Qué historia estrafalaria es esa?

—¡Caray, vaya cabeza más dura! Os digo, ya que hay que explicaros todo...

Garnier vació de un trago su vaso de ponche, y se echó encima de la oreja de Eduardo.

—Os digo que Elisa y Eudoxia son la misma mujer, y que el dichoso Boisgontier es nuestro sucesor. Si ahora no me entendéis...

—¡Mentira! —exclamó Mornac, alzándose del sofá.

—¡Tranquilo, primo! —siguió diciendo el oficial, apretándole con fuerza la mano—. No deseo tener un lance con vos. De hecho, ya conocéis mi profesión de fe: no me batiré por una mujer, aunque fuera una emperatriz. He podido darme cuenta de que eso trae mala suerte. Véase, si no, el duelo que tuve con el marido de esta...

—Garnier...

—Parece que se ha reformado desde entonces, y que es menos fiero en París que en Lyon. Vamos, tomaos el asunto con filosofía y aprended de lo

que nos ha pasado a ambos. Puesto que tomasteis mi lugar, ¿por qué os extraña que un tercero tome el vuestro? Sí, amigo mío, hoy quien está de servicio es ese pipiolo de Boisgontier. Ha dejado de bailar, como era de rigor en mi época; lo han sometido, como a nosotros, al régimen de Lamartine; y, por último, también le han asignado una estrella en algún lugar del cielo.

Eduardo, que había palidecido muchísimo al oír esta pasmosa revelación, comenzó a tambalearse, y se habría desplomado del todo si su tío no se hubiera encontrado detrás de él para sostenerlo.

—Pero, ¿qué te pasa? —le preguntó el anciano.

—Nada. Se le pasará enseguida —intervino Garnier.

Y dirigiéndose al joven, le dijo:

—Sentís como un nudo en la garganta, ¿no es cierto? Sé muy bien de qué se trata. Bebed este vaso de zumo.

Mientras Mornac bebía con la docilidad de un enfermo, el comandante narró la novedosa trilogía cuya protagonista era madame de Flamareil. Monsieur de Pomenars escuchó el relato sin testimoniar demasiada sorpresa, con una sonrisa indulgente y burlona, siendo la indulgencia dirigida a la mujer de cuarenta años y la burla a sus adoradores defraudados. Desde la boda de su sobrino, el anciano tío se había reconciliado mentalmente con Eudoxia, a la que siempre había mirado con la simpatía que inspira la agudeza a un observador agudo. Puesto que al final había triunfado sobre ella, se veía como Napoleón ante la hermosa reina de Prusia, y era tan devoto servidor de las damas como para no hacer uso en esta ocasión de la cortesía que adorna al vencedor.

—Estáis equivocado —dijo, haciendo callar al comandante quien hacia el final de su relato guardaba menos respeto hacia la protagonista—. ¿Qué le reprocháis? ¿Haberos olvidado? Pero vos, ¿le habéis sido fiel? ¿Habéis muerto por ella? ¿O es acaso esa distribución de estrellas lo que os incomoda? Pensad que hay multitud de estrellas allá arriba, y que es muy de apreciar en un corazón sensible que solo haya asignado tres. Por mi parte yo os digo que es una mujer muy gentil, muy aguda, muy distinguida, que me recuerda a esa rosa de la fábula persa cuyo perfume se comunica a todo lo que toca. Ya se ha visto en el joven Boisgontier, que ha mejorado mucho desde que ha vuelto de Barèges. Ambos debéis estar agradecidos y no ferozmente resentidos con ella. Sí, es una mujer llena de gracia y de mérito, y yo la tengo en mucha estima. Nadie como ella entiende la vida, y estoy seguro que continuará así hasta el final, reparando con valor los hilos que se rompen, transformándose según se necesita, adaptándose a las nuevas demandas que le impondrá el avance de la edad. Ahora se dedica a educar, pues ¿a qué cosa mejor puede dedicarse una mujer de cuarenta años? Más adelante se dedicará a la religión, y ya la veremos hecha una dama de caridad en 1846. Es una mujer encantadora, os lo repito. Si yo tuviera cincuenta años, os aseguro que haría todo lo

posible para que me diera a mí también una estrella.

—En ese caso —observó Garnier— podríamos jugar allá arriba a las cuatro esquinas, pero ¿quién estaría en el centro?

—¡Caray, *il marito*! —respondió el viejo tío.

—¡Un cobarde incapaz de matarla! —dijo Mornac con lóbrega indignación.

—Di más bien un hombre inteligente —replicó monsieur de Pomenars riéndose—, un hombre con mucha cabeza que cualquier día tendremos de par de Francia o de ministro, gracias a su mujer, y que no será tan infantil como para quejarse con Chateaubriand de que un trono no es suficiente.

Traducción del verano de 2023.